

RECUERDOS  
DE MI  
LUCHA  
JUNTO  
AL  
PUEBLO.



ESCRITO EN  
LAS PRISIONES  
DEL  
FASCISMO  
1976.

LUIS CORVALAN

**RECUERDOS  
DE MI  
LUCHA  
JUNTO  
AL  
PUEBLO**

**ESCRITO EN  
LAS PRISIONES  
DEL  
FASCISMO**

**1976**

**LUIS CORVALAN**

## P R E F A C I O

Aunque el autor declara que en estas "Vivencias" no ha hecho "análisis político ni historia del Partido y del movimiento obrero y popular", creemos que historia y análisis abundan en cada párrafo. Todo esto, además de hacernos compartir la fascinante evocación de sus primeros años y de su adolescencia - elementos primarios que dieron por resultado la formación de un notable dirigente revolucionario. Se trata de un relato en que todo alarde o jactancia están descartados, hecho con modesto rigor íntimo con estilo sencillo y directo en el que está siempre presente la entereza de su carácter que no excluye el humor de buena ley, ese admirable humor que nos arrancó carcajadas durante su lectura, Una lectura apasionante, porque devoramos el manuscrito de una sentada, Su tono amistoso y coloquial hace brotar la ilusión de tener a Lucho Corvalán conversando con uno, como si no estuviera a cincuenta cuerdas de distancia allá en el lóbrego calabozo de Tres Álamos prisionero hace tres años del fascismo que deshonra a nuestra Patria.

Creemos que este libro editado en la clandestinidad constituirá una nueva arma en la lucha contra la dictadura fascista. Cuando el enemigo de clase, la oligarquía monopólica y el imperialismo norteamericano monopolizan las comunicaciones, la palabra auténtica del pueblo adquiere un valor inapreciable. Sobre todo cuando se trata de la palabra del Secretario General del Partido Comunista. Con su publicación se lleva a la práctica lo que Corvalán dice en estas páginas cuándo señala como "una constante de la línea del Partido Comunista aprovechar cualquier resquicio para dar su palabra y crear, al mismo tiempo, la mas extensa red de publicaciones clandestinas."

Estamos seguros que el valiente e intrépido equipo de impresores y distribuidores han de esmerarse en hacer llegar las palabras de nuestro querido compañero al mayor número de lectores, horadando así el siniestro muro de la clandestinidad. Con ello daremos un poderoso golpe a Pinochet y su mesnada de torturadores y asesinos.

Nos parece inoficioso incursionar en detalles del texto. Es mucho más provechosa su lectura comentada y estudiada en todas partes. Así será un arma eficaz contra la dictadura fascista y por la libertad de Luis Corvalán, y de todos los prisioneros políticos

## **VIVENCIAS**

Mi partida de nacimiento dice: "NOMBRE .....Luis Nicolás...; NACIDO: ...el 14 de septiembre de 1916...; LUGAR.... Pelluco (Puerto Montt)... PROVINCIA: ...Chiloé (1).. HIJO DE ....Moisés Corvalán Urzúa y de madre que no se expresa".

Pero fuí alimentado, criado y educado por mi madre, al igual que mis otros cuatro hermanos. Mi padre nos abandonó cuando yo tenía 5 años, no más. Después lo ví sólo dos veces en mi vida: en 1934 en vísperas de terminar mis estudios en la Escuela Normal de Chillán, y casi cuarenta años más tarde, a raíz del fallecimiento de mi hermanastro Manuel Antonio. Esa fue toda mi relación con él.

Aunque nací en Puerto Montt me considero tomecino. Fue en este pueblo textil donde nacieron mis hermanos mayores Moisés, Dalila e Isabel y también el menor, Nicolás Rafael. A Puerto Montt lo vine a conocer en el año 1949, cuando yo tenía 33 años.

En los comienzos de la Primera Guerra Mundial, afligido tal vez por los bajos sueldos del Magisterio, mi padre se entusiasmó con el ofrecimiento que alguien le hizo para irse a Pelluco como administrador de un fundo, Y con mi madre y mis hermanos mayores se trasladó al sur, En esa circunstancia nací allá. Pero no debió irle muy bien, pues antes de dos años volvió a tomé para ocupar de nuevo en el Liceo una plaza de preceptor.

---

**(1) Puerto Montt pertenecía en aquel tiempo a la Provincia de Chiloé.**

Era oriundo de La Huerta, hermoso paraje próximo a Curicó, en el camino hacia Hualañé muy cerca del lugar donde los conquistadores españoles ultimaron a Lautaro.

Llegó a Tomé en 1905 Con el encargo de abrir las matrículas para el Liceo de Hombres que se fundó ese mismo año. Hizo el viaje en tren hasta Talcahuano y desde este puerto cruzó la bahía en barco porque a la fecha Tomé no contaba con Ferrocarril.

Mi madre, Adelaida López Roa, era hija de campesinos pobres. Nacida en El Arrayán, a mitad del trayecto que hay entre Tomé y Rafael, fue inscrita en la parroquia de esta última aldea, cuando aún no existía el Registro Civil. Conozco el punto preciso donde se levantaba la choza de sus padres. Hasta hace algunos años, medio cubiertas por un manchón de retamos, se podían distinguir las huellas de la casa que allí existió. Seguramente tuvo corredor y vara porque estaba a la orilla del camino real o público, como se dice hoy.

A pocos kilómetros, en la cuesta que hay entre San Juan y La Gloria, fue muerto a puñaladas su hermano Ramón. Este hecho decidió el traslado de la familia a Tomé, o quizás si sólo lo precipitó, porque el oficio del padre, de mi abuelo Prudencio, que era el de carretero transportista, no tardaría en decaer con el ferrocarril que se empezaba a construir desde Rancagua a Concepción, pasando por Tomé.

Mi madre no sabía leer ni escribir. Cuando mi padre la abandonó se hizo costurera a domicilio de la Fábrica de Paños Bellavista. Además de telas peinadas se fabricaba allí paño para mantas y frazadas. Todas las mañanas, en tanto aparecían las primeras luces del alba, mi madre caminaba desde la casa a la fábrica, más o menos dos kilómetros, con un voluminoso y pesado paquete, que portaba sobre su cabeza o sostenía a duras penas en sus brazos. Era el atado de mantas y frazadas que había hecho en el día. Efectuando la entrega, regresaba sin demora con otro paquete *semejante*, que contenía el género, los botones, las huinchas y el hilo para hacer en casa el mismo trabajo de la jornada anterior.

Ignoro cuanto le pagaban. Pero no debía ser gran cosa. Entonces no había en Tomé organización sindical, ni mayores conquistas sociales en el país, y el trabajo a domicilio era, como ahora, el peor remunerado. Se ponía a coser hasta que, como ella decía, Le daban puntadas en la espalda. Mis hermanas cuando regresaban del colegio, y desde luego en el verano, le ayudaban a hilvanar y deshilvanar, a llenar el carretel, a enhebrar la aguja, a tirar un poco de la costura para que no se atascara el paño y también a darle vuelta a la manivela, pues la Singer que tenía funcionaba a mano. Nunca se pudo comprar una máquina de pie.

Sus descansos consistían en levantarse de su asiento para hacernos la comida o lavarnos la ropa, parte de la cual, la interior al menos, la confeccionaba ella misma. Había que haber visto cómo se esmeraba en mantenernos aseados. No podía ver una mancha en nuestros vestidos, y todas las noches, antes de acostarnos, nos lavaba uno por uno.

No siempre le alcanzaban las fuerzas para comprarnos zapatos. A mis hermanas les duraban más, tal vez porque los usaban con zuecos en los meses de lluvia y barro, durante buena parte del año. Los hijos varones andábamos a pata pelada en el verano y todas las tardes si hacía buen tiempo, luego de regresar del Liceo.

Nos regañaba cada vez que, por descuido nuestro, se nos rompía algún zapato. Los que yo usaba eran estaquillados porque el hilo de los cosidos se pudría con el agua y el barro. Duraban más los que tenían estaquillas. Pero una vez, por chutear una pelota, le di a una piedra que estaba debajo y se me abrió la suela. Entré a la casa todo compungido. Por cierto que me llevé un buen reto. Sus enojos rara vez pasaban de esto, de amenazarnos con una zurra o de echarnos a la cama como castigo.

Con nosotros vivía doña Audelita, que también cosía mantas y, además, se ganaba otros pesos enseñándoles a leer a cuatro cinco chiquillas que tenía como alumnas. La suya es la escuela más pequeñita que yo he conocido. En ella aprendí las primeras letras, en el silabario "El Ojo".

Doña Audelita era muy amiga de mi madre, pero de un carácter muy distinto.

-Sácate las medias, Adela, y pégalas con ellas- le decía con sorna cada vez que hacíamos alguna pilatunada y mi madre sólo nos reprendía. Pero ésta no se salía de sus casillas. Estoy seguro que las pocas veces que nos dio algún coschacho sufrió más ella que nosotros. Prefirió educarnos con el ejemplo y el hábito, que es el mejor método para educar a los hijos.

Guardo un recuerdo muy cariñoso de doña Eudolita. Pero he de confesar que cuando le echaba carbón a mi madre para que nos castigara severamente, a mí me daba una rabia tremenda, tanto más cuanto que por respeto no podía expresarla con palabras. Sin embargo, cierta vez descubrí que podía vengarme y, al efecto le oculté por un día sus tijeras en una mata de bambú. En otra oportunidad, todavía más disgustado, me oriné en el tiesto en que ella tomaba mate.

Nuestra alimentación era escasa y pobre. Mi madre se veía obligada a racionarnos el pan de cada día, Nunca lo consumimos a la hora de almuerzo. Lo guardaba en un canasto que colgaba de un clavo, fuera de nuestro alcance. Una tarde, a hurtadillas, puse un cajón sobre otro y subí a ellos para alcanzar el canasto. Pero me di un costalazo que me dejó adolorido toda una semana. Comprábamos el pan donde doña Carlinita. A veces lo adquiríamos donde las Fuentes, que hacían pan negro. Yo prefería éste porque era más sabroso, llenador y más grande. Obviamente, todavía, mejores eran las tortillas al rescoldo que de vez en cuando hacían mi madre y mis hermanas.

Por lo general nuestro desayuno consistía en un pedazo de pan y una taza de agua caliente con azúcar quemada y una hoja de cedrón o de durazno para el gusto. A veces comíamos ulpo. Se tostaba el trigo en una callana de fierro fundido y se molía en una piedra. Además, con harina tostada se hacía chercán y sanco, y catutos con el trigo sancocado.

A la hora de almuerzo nos batíamos con legumbres — porotos o lentejas, arvejas, garbanzos y chícharos y más a menudo con pancutras y chuchos (1). De tarde en tarde comíamos pescado, cuando había varazones de merluzas o abundancia de sierras. Una sierra grande costaba 10 ó 15 centavos. Los pejerreyes fritos eran para mí la mayor de las exquisiteces. Mi madre los cocinaba algunos días de pago, siempre que no estuvieran muy caros. Las frutas y verduras eran sólo consumos ocasionales y de temporada. La producción frutícola y hortícola del norte no llegaba al sur.

---

(1) Bolas de batido de harina con cebolla picada y especias que se van echando una por una a la olla hirviendo.

Para las onces se repetía el desayuno. Nunca comimos en la noche.

Se cocinaba a leña, en un poyo arrimado a una pared de adobes, dentro de una amplia pieza con piso de tierra., que nos servía también de comedor. Las ollas se fregaban con ceniza. Los platos que teníamos eran de fierro enlozado porque duraban más. Usábamos cajones para sentarnos. Las sillas se habían arruinado y a mi madre no le alcanzaban los pesos para renovarlas o mandarlas a reparar.

En invierno, si disponíamos de carbón, nos reuníamos alrededor del brasero. El mejor carbón era el de quillay. El de gualle, que también es bueno, daba muchas chispas. (El de espino no se conoce en la zona). Tanto nos acercábamos al fuego que nos salían cabrillas. Nos entreteníamos, con diversos juegos de prendas o cuentos de hechiceros o bandidos que nos ponían los pelos de punta.

Cada vez que venía a vernos nuestra abuela materna, nuestra abuelita Isabel, nos deleitábamos con sus conversaciones. Tenía una prodigiosa memoria, Se acordaba de todas las lecciones del silabario por el que aprendió a leer y que era más viejo que el de "El Ojo". Me agradaba especialmente escucharla cuanto rezo sabía y que a nadie más se los he oído ni los he leído en parte alguna. Sabía rezos para distintas ocasiones, con motivo del primer canto del gallo, por ejemplo, rezaba un rosario interminable, quizá si producto de la inventiva campesina.

Mi madre también era católica. Oraba antes de dormirse. Tenía un crucifijo de madera al que le faltaba un brazo. Se perdió con el tiempo. Hoy no se qué daría por tenerlo de recuerdo.

Algunas noches, rendida por el cansancio, no tenía ánimo ni siquiera para sus habituales rezos.

-¡Que Dios me perdone!- exclamaba, luego de persignarse, y ponía su cabeza sobre la almohada. Pero no siempre podía dormirse, a pesar de la fatiga, pensando tal vez en que hacer al día siguiente para el sostén de sus hijos

—Anoche no pude cerrar los ojos- le decía con frecuencia a doña Audelita.

En sus oraciones invocaba a Dios para que en los días venideros la vida le fuera menos dura.

Por mi parte, debo decir que en un tiempo fui habitué de la Iglesia. Asistía con regularidad al catecismo. El curita Letelier, el único que había en el pueblo, nos enseñaba historia sagrada y los rezos. Además, siempre nos servía una taza de chocolate. Hice la primera comunión, pero antes de ello tuvieron que bautizarme porque hasta entonces era moro, por dejación simplemente ya que todos mis hermanos habían recibido el bautismo.

Alimentar seis bocas era una proeza cotidiana de mi madre. Hubo una menos cuando mi hermano mayor entró a la Escuela de Grumetes. Pero nuestra situación no mejoró en forma visible. La producción de mantas y frazadas decaía a veces y los pesos escaseaban. Cuando esto ocurría, corríamos con una que otra pilcha a las casas de empeño - a la Peña, se decía entonces que estaban en manos de particulares o partíamos para donde doña Sara con las pocas gallinas que criábamos. Doña Sara las compraba y luego las revendía en los barcos que recalaban con

frecuencia para cargar la producción de trigo y vino de la zona de Cauquenes y Coelemu.

Cada cierto tiempo mi madre visitaba a su hermana Rosa que vivía a la entrada de California. Lo hacía a la oración, cuando obscurecía y ya no podía coser. Además, como de noche todos los gatos son negros, según solía decir, no importaba la ropa que llevara.

Lo mismo que mis hermanas; yo la ayudaba en lo que podía, a cavar el patio, a regar y limpiar la pequeña huerta, a darle comida y agua a las aves. Con mi hermano menor iba también a los cerros circundantes en busca de leña, junto a otros chiquillos de mi edad cuyos hogares sufrían tantas apreturas como el mío. Aprovechábamos estos viajes para armar ramadas y escondites en las espesuras de los matorrales y quebradas y jugar allí a los bandidos, influenciados por las películas de cowboys que a veces veíamos en las matinés del cine. Este era mudo y la proyección de cada rollo duraba diez o quince minutos, Una vez -pasado un rollo por la pantalla había que esperar un buen rato para ver el otro.

La vida se hacía más y más difícil. Durante un par de años dejé el Liceo para trabajar como oficial en la panadería La Chilena, de don Aniccio Silva, en la calle Covadonga Hacía de todo lo que podía Preparaba la reserva para la levadura, cargaba y prendía el horno, harneaba la harina le daba de comer al caballo, ayudaba a darle vueltas a la máquina de sobar, cortaba hallullas, ovillaba, salía a repartir el pan en la carretela. Lo único que no pude hacer fue batir la masa para el pan francés, Este trabajo se hacía a mano y requería mucha fuerza. Ganaba el pan para el consumo de la casa. Al menos esto estaba asegurado. Mi hermano menor cumplió esta misma tarea cuando me reincorporé al Liceo.

El campo me atraía. Cada vez que era posible, sobre todo en verano, partía hacia Las Canoas con mi primo Osvaldo. Allí vivía mi tío Arturo acompañado casi siempre de su madre, mi abuelita materna.

En los pajonales sacábamos nalcas; en las roblerías, digüeños, changles y gargales (**1**); en los bajos, frutillas silvestres; en las vegas, camarones; en las lomas, murtillas y los frutos del avellano, del chupón, del boldo, del maqui y del copihue. Hacíamos tranques en el arroyuelo, con palos, piedras y champas para formar pozas donde bañarnos. En las tardes encerrábamos el ternero, íbamos por la vaca en las mañanas, tomábamos la echona para cortar pasto, le prendíamos fuego a la zarza y de puro gusto nos quedábamos a dormir en la trajera o en la parva de paja en medio de la era.

---

**(1) Diversos tipos de hongos comestibles.**



En el trayecto desde Tomé a Las Canoas, de más o menos una legua, lo hacíamos a pie, en carreta o al anca de algún caballo. Ni que decir que esto último me atraía especialmente. Nunca perdí oportunidad para montar aunque fuese en pelo o la bestia estuviese pelechando. Me di no pocos costalazos. Pero así fui aprendiendo hasta ser capaz de galopar falda abajo y sacar la última vuelta en una trilla a yegua, cuando el trigo ya suelto deja la era muy resbaladiza.

Mi tío Arturo fue el único de los 7 hermanos de mi madre que nunca abandonó el campo. En el pequeño terrenito de Las Canoas, cerca del cual vive todavía, cultivaba trigo, arvejas, porotos, maíz y papas. Pero ya a la mitad del invierno se le agotaba la cosecha. Entonces iba con su carreta al pueblo para vender carbón por sacos o a granel y leña de raja o de canutillo **(1)**. Con la venta compraba las "faltas" más elementales; harina, sal, grasa empella, azúcar y yerba. Los caminos eran pésimos. Con frecuencia tenía que cuartear su carreta. Como sólo tenía dos bueyes, recurría a sus vecinos. Estos a su vez, recibían de mi tío el mismo servicio cada vez que alguno de ellos necesitaba una yunta para formar la cuarta. Los pequeños propietarios del lugar se ayudaban siempre unos a otros. Para las trillas o las sacas de papas o cualquier otro trabajo que requería varios brazos, se organizaban los mingacos. El dueño de la trilla o de las papas invitaba a sus amigos y parientes a una comilona, pero antes de ser ella servida, había que salir con la tarea. Yo estuve en algunos de estos mingacos. Recuerdo que se servía la comida en fuentes de palo para 8 ó diez personas y, como escaseaban las cucharas, con una comíamos varios, no por turno, sino rotándola por cucharada.

Cierta vez fui a las Canoas, a comienzos del mes de septiembre. Y consumida la cosecha, no se disponía más que de un laucho **(2)** de harina. La vaca había parido el día anterior. Nos servimos calostro **(3)** al desayuno, pues yo había llegado muy temprano.

---

**(1)** de palos redondos y largos.

**(2)** Un cuarto de quintal español.

**(3)** La primera leche ácida que da la vaca recién parida.

Luego mi abuelita hizo pancutras con leche para el almuerzo y lo mismo para la merienda que se servía al caer la noche. Otro tanto ocurrió al día siguiente. Observé que para la merienda del segundo día mi tío Arturo cogió unas ramas de eucaliptus y las metió al fuego, debajo de la olleta en que hervían las pancutras, formándose una humareda de padre y señor mío, entonces, como respondiendo a la pregunta que flotaba en mi mente, se apresuró a decirme:

*- Para variarles el gusto, sobrino.*

Tomé tendría unos cinco mil habitantes a comienzos de los años 20. De los muchos cerros que lo rodean apenas estaban poblados Frutillares, Estanque y Cerro Alegre. No había alcantarillado y el agua no era potable. En casa había una piedra para destilarla, pero muy poco la usábamos. Era más práctico hervir el agua turbia que pasarla por esa piedra. Sólo algunas calles estaban adoquinadas: Portales, Manuel Montt y Nogueira. En el verano abundaba el polvo y en el invierno el barro. Este era tan hondo y espeso que a veces se quedaban pegadas las carretas. Había que tener una doña yunta para salir del fango. Los carretones que tenía la Sociedad Vitivinícola para sus repartos eran tirados por percherones. Pero también quedaban atascados, Carreteros y carretoneros echaban chispas, los primeros picaneando los bueyes, los segundos chicoteando los caballos. Rabiaban a más no poder. Pero los chiquillos del barrio gozábamos del espectáculo.

Todos los inviernos se anegaba casi la mitad del pueblo, precisamente el sector donde vivíamos, próximo a las vegas de Osorio, donde hoy se hallan el estadio y poblaciones obreras. Muchas familias tenían que ser evacuadas. Por las avenidas de agua pasaban frente a mi casa tablas, sapos y hasta cerdos. Era otro espectáculo grato para mí y mis coetáneos. Nos deleitábamos andando con el agua hasta más arriba de las rodillas, haciendo pequeñas balsas o fabricando zancos para cruzar de una a otra vereda.

Tomé fue progresando. Se amplió la Fábrica Nacional de Paños y luego surgió la Fábrica de Tejidos El Morro que después se convirtió en la fábrica Italo-americana de Paños (FIAP). Se pobló todo el llano, el cerro de los Guzmanes, hoy Navidad, y así cerro tras cerro. El proletariado tomecino creció de repente. Pero los comunistas no aparecieron de inmediato, Al menos yo no los conocía ni oí hablar de ellos en la década del veinte, Para las elecciones la gente acudía a los choclones de conservadores y demócratas.

La tranquilidad del pueblo se vio alterada al surgir una disputa entre Talcahuano y Tomé por unas estructuras de fierro que desde hacía años estaban en la playa para la construcción de un nuevo muelle. El Gobierno dispuso que se llevaran a Talcahuano. Tomé entero rechazó ese acuerdo. Trasladó los fierros a los cerros y cortó los puentes de madera del estero Collén que lo cruza. Pero desembarcaron los marinos y en medio de las protestas de la población se llevaron las codiciadas estructuras.

Habitábamos una casa de la calle Egaña, entre Condell y Sargento Aldea. Tenía de frente unos 15 metros por unos 30 de fondo. Dos corridas de piezas, una por cada lado, más las que daban a la calle, sugerían la forma de una U. Era una casona de adobes que quedó muy agrietada con el terremoto de Talca de 1928 y se derrumbó con el de Chillán, once años más tarde. La parte que nosotros ocupábamos no tenía luz eléctrica, Nos alumbrábamos con velas.

En nuestro hogar nunca se celebró el santo o el cumpleaños de alguno de nosotros. Ni siquiera esperábamos el Año Nuevo o la Pascua. El Almacén de los hermanos Quiero repartía juguetes para Navidad entre su numerosa clientela. Los juguetes los importaba desde Japón. En general eran muy bonitos, Pero nosotros lográbamos cuando más algunos trompos. Nuestras compras no daban para una mayor recompensa.

Con todo, Diciembre era un mes agradable. Era el mes de María. Después de la Novena, la Plaza de Armas se llenaba de paseantes, y comenzaba la chaya. Esta era una suerte de carnaval que consistía sobre todo en un galante juego de serpentinas. Los futres las ponían en sus bastones y las lanzaban con gran maestría en dirección a las damas que pretendían enamorar o darles una muestra de afectuosa amistad. Los chiquillos de mi edad nos contentábamos con juntar por montones las serpentinas desenrolladas. Estas las enrollábamos en nuestras casas, formando rodela, conos, acordeones y trenzas. Así nos entreteníamos hasta varios días después de pasada la fiesta.

El verano nos permitía disfrutar del sol y del agua del mar, hacer excursiones a Punta de Parra, Montecristo, Cocholgue, Dichato y a otros lugares cercanos.

Pero el mes más hermoso y alegre era septiembre. En esos tiempos no había vacaciones de invierno, sino vacaciones de septiembre. Estas duraban tres semanas. En este mes aparecían los primeros helados, los remolinos multicolores, los volantines y los circos. Estos levantaban su carpa en la cancha de fútbol y sus funciones terminaban siempre con un sainete. Entrábamos al circo de cualquier manera, a la buena cuando disponíamos de algunos centavos, o a la mala, saltando la palizada de la cancha cuando andábamos sin un cobre. Mi hermano Nico no se perdía función. Todos los chiquillos lo reconocían en tanto salía el primer tony porque su risa sonora se hacía sentir antes que terminara el chiste.

El "18" duraba tres días, Se organizaban competencias para subir por el palo encebado y carreras de caballo a la chilena en Las Cruces o en la calle del Hospital, hoy Bernardo O'Higgins. Las ramadas se hacían con ramas de avellanos. Funcionaban día y noche con pura arpa y guitarra. Recién habían aparecido los gramófonos. Se les llamaba victrolas y sólo había en una que otra casa.

Los curados tenían chipe libre para el "18". Eran los únicos días del año en que nadie era detenido por ebriedad ni por pependencias si estas últimas no pasaban a mayores.

En octubre se hacían las Fiestas de la Primavera con su corso y su velada bufa. Nos entreteníamos aunque sólo fuese mirando el paso de los disfrazados, de las murgas y de los carros alegóricos. Cuando yo cursaba el tercer año de humanidades - que fue el último en que estuve en el liceo tomecino, ya transformado en mixto resultó elegida reina de la primavera una condiscípula, Mirta Casanova. Todos los del curso la acompañamos disfrazados de persas.

En los primeros años de mi vida escolar los profesores usaban varillas de mimbre o una larga y gruesa regla para castigarnos. Eran los últimos maestros que creían en aquello de que la letra con sangre entra.

Entre mis compañeros de curso estaba Renán Fuentealba. Al salir del Liceo lo

perdí de vista unos 30 años. Nos volvimos a encontrar en el Parlamento. Aquí no hicimos grandes migas, pero nos guardamos siempre un mutuo aprecio. Mis amigos de la infancia, más que en el Liceo, se hallaban en la calle donde vivía. Mi buena madre me decía que no debía juntarme con quienes eran menos que yo. Esta reprimenda me mortificaba. Un día le dije:

*- Pero mamita, ¿le gustaría a usted que otra madre le dijera lo mismo a su hijo que hace amistades conmigo?*

No recuerdo que en otra ocasión le haya expresado una palabra de desacuerdo.

El profesor de gimnasia e Inspector del Liceo, Luis Canales, le hacía los puntos a mi prima Alicia, Se carteaban haciendo yo de correo. Una vez me echó de menos, averiguó que me pasaba y se dio cuenta que a veces hacía la cimarra. Me reprendió de tal manera que nunca más volví a hacer la chancha.

A finales de 1930 se sentían los primeros efectos de la gran crisis. A mi madre le cortaron el trabajo en la fábrica. Mi hermana mayor, Dalila, tuvo que emplearse como profesora en una escuela particular, e Isabel se dedicó a tejer a crochet y a naveta. Por mi parte rendí bien los exámenes para la Escuela Normal de Chillán. Con la ayuda de la Liga de Estudiantes Pobres llegué a esta escuela en marzo de 1931. Tenía entonces 14 años. Terminaba mi infancia y comenzaba una nueva etapa. La Escuela Normal y el año 31 influirían decisivamente en mi vida.

## II

Resultó inolvidable la primera noche que pasé en la Escuela Normal. Pocos minutos después de acostarnos, entró el inspector de turno al dormitorio de los nuevos alumnos. Era un señor de porte imponente y de voz bien timbrada. Nos invitó a rezar antes de dormirnos. Al unísono, como en la iglesia, se dejaron oír las voces monocordes de los 25 alumnos de mi curso, rezando el Padre Nuestro. Luego, el inspector anunció que ya era la hora de guardar silencio, nos dio las buenas noches y se retiró con su paso largo, acompasado y firme, como queriendo remarcar el respeto que merecían su figura y su cargo.

Al día siguiente nos dimos cuenta que el grave y ceremonioso inspector no era otro que un apuesto alumno del cuarto año.

Yo era, a distancia, el más pequeño de la escuela. Tal vez por esto me hice rápidamente conocido de todos. Los alumnos de los cursos superiores me tomaron especial simpatía. En los recreos y después de las clases me llamaban a sus salas o me invitaban a sus escondites de fumadores. Entre ellos había algunos comunistas, Rubilar, Agurto y Orestes de los que recuerdo, Y como usaba pantalones largos, al igual que todos los normalistas, sentía la sensación de haber entrado poco menos que a la edad adulta.

Para ingresar a la normal se exigía sexto año de la escuela primaria. Me salté el preparatorio de seis meses por haber cursado ya el tercero de humanidades. Los cursos duraban medio año y los exámenes eran, por lo tanto, semestrales. Se pasaba del primero alfa al primero beta, luego al segundo alfa, de este a segundo beta, y así hasta terminar la carrera. En virtud de este sistema se suspendían las clases por unos pocos días cuando a mitad de año se cursaba un semestre. Aproveché el asueto, la primera suspensión de las clases, para dirigirme a Tomé que está a tres horas de tren desde Chillán. Allí me encontraba cuando cayó el gobierno de Ibáñez el 26 de julio de 1931.

Un agricultor de Coliumo, Manuel Cid, tenía una pieza en la casa en que vivíamos. Se la subarrendaba a mi madre. La ocupaba cada vez que venía al pueblo. Ese día había llegado temprano, como siempre a caballo, con su manta y sus largas perneras de cuero. En el invierno estas prendas le eran indispensables para protegerse del frío, de la lluvia y del barro del camino. Cuando las sirenas y campanas anunciaron cerca del mediodía, el derrumbe de la dictadura, Manuel Cid se aprestó para salir a la calle. Se puso un terno casi nuevo, y abrochó a su camisa, el cuello, la pechera y los puños blancos y almidonados. El hombre de campo se transformaba así en uno de los mejor vestidos y presentados habitantes del pueblo. De repente me pidió que buscara mi pañuelo de boy scout y que le dijera a mi madre que saldríamos juntos.

Para sorpresa mía, sin decirme una palabra, partió en dos el pañuelo, se puso él la mitad como corbata y la otra mitad me la colocó en la misma forma. Hecho esto, habló en tono imperativo:

- Rápido, vamos andando.

Salimos, pues, con distintivo rojo, que era el color de mi pañuelo scoutivo, y nos metimos al desfile en la calle Portales. El pueblo tomecino, como el de todo Chile, celebraba en ese momento la caída del gobierno. Hasta entonces, yo no tenía idea del significado político del color rojo. Y todavía no sé por qué Manuel Cid recurrió a él sin ser comunista. Quizás, como era un hombre apasionado, quiso demostrar así todo su entusiasmo y ardor en esas horas de euforia colectiva.

Una muchedumbre se congregó en la Plaza de Armas. En ese tiempo no se conocían micrófonos ni parlantes. Se hablaba a pulso. EL orador que más me gustó fue un profesor que yo había tenido en el liceo. Con palabras de fuego fustigó a la tiranía. Su voz potente nos estremeció a todos.

Poco tiempo después se supo que había sido un soplón del gobierno depuesto.

Tras la caída de Ibáñez, los partidos políticos, varios años acallados, salieron a luz pública. La Federación Obrera de Chile desplegó sus estandartes. La agitación estudiantil era inmensa. En la Normal se formó un núcleo del Grupo Avance. Me incorporé a sus filas, En el aparecieron otros comunistas que no había conocido antes, Sepúlveda y Romero entre otros.

Por las calles de Chillán deambulaban centenares de trabajadores cesantes, con sus esposas e hijos. La mayoría procedía del norte, de las salitreras que habían apagado sus fuegos. Cada cual con un tarro en la mano, iban de casa en casa, mendigando algún alimento. Muchos de ellos, se agolpaban a las puertas traseras de nuestra escuela para recibir las sobras de la comida. Formaban largas colas. Se me partía el alma verlos semidesnudos, en medio del frío y de la lluvia. Hervía mi sangre cuando el personal de servicio les daba mezclados los restos de nuestra comida. Porotos, cazuela, ensaladas, todo salía revuelto de un solo gran tiesto hacia los tachos de los cesantes. A estos los veía también "leer el diario" en la plaza Victoria frente a la cual se encontraba entonces la Normal chillaneja. En los días de sol se sacaban sus camisas sucias y harapientas y las expurgaban de piojos, En esto consistía según su propia expresión, el acto de leer el diario". También sufría al ver este espectáculo.

El diario local, "*La Discusión*", llegaba a la biblioteca de la escuela. Sus páginas informaban de la crisis que azotaba a muchos países, y daba cuenta de cómo se quemaban el trigo, la carne y el café en las naciones exportadoras de estos productos. ¿Quién podía entender esto y mantener una actitud pasiva cuando en esos mismos días millones de seres humanos no tenían qué comer y muchos se morían de hambre?

Mi hermano Moisés, luego de terminar sus estudios en la Escuela de Grumetes, se había embarcado, a contrata, en uno de los buques de la Armada. Así entonces, cuando el cinco de septiembre se sublevó la marinería, mi madre y sus otros hijos vivimos horas de angustia. Una vez aplastada la sublevación no se sabía que suerte habían corrido los amotinados.

Circulaban las más escalofrantes versiones. Se decía, por ejemplo, que el barco de cuya tripulación formaba parte mi hermano, había sido hundido por un torpedo. Se afirmaba también que los marinos serían quintillados.

En las playas y caletas cercanas a Tomé desembarcaban marinos

sublevados, que habían escapado de Talcahuano y cruzado en bote la bahía. Muchos de ellos vestían ropas de pescadores, para camuflarse. Algunos eran detenidos. Todos los días, mis hermanas iban a la gobernación para averiguar si Moisés estaba entre éstos.

Me parece que a fines de octubre se vino a saber que se hallaba preso en la cárcel de Los Ángeles, junto a otros marineros.

En las reuniones del *Grupo Avance* se daban charlas en las cuales se explicaban las causas de la crisis económica que sufrían numerosos países y se informaba que este fenómeno era desconocido en la Unión Soviética, donde no había cesantes y se realizaba el primer plan quinquenal. Se explicaban también las razones que motivaron la sublevación de la marinería.

Con otros muchachos del *Grupo Avance* asistía a los mítines del Partido Comunista cuando se efectuaban los días que teníamos salida. Sus oradores, Oscar Guillardí entre otros, exigían trabajo para los desocupados y la libertad de los marineros detenidos. Entre éstos había varios condenados a muerte, uno de los cuales era Pedro Pacheco, que había sido alumno de nuestra Normal, poeta laureado en una de las fiestas primaverales chillanejas y profesor de la Escuela de Grumetes.

Los normalistas tomamos contacto con los secundarios de ambos liceos, el de hombres y el de niñas, con las alumnas de la Escuela Técnica y con los estudiantes de la Escuela Agrícola. Juntos desfilamos, por las calles de Chillán exigiendo respeto por la vida de Pedro Pacheco. Hasta entonces, los liceanos, hijos de gente acomodada, nos miraban bajo la pierna. En tono despectivo nos llamaban los carneros, porque nosotros, los normalistas, andábamos siempre en grupos y todos con traje negro, esto último por imperativo de la escuela. En los demás colegios fiscales no se exigía uniforme. Fue, en consecuencia, un gran éxito, casi un milagro que los liceanos nos hayan acompañado en esta lucha. La pena capital no se aplicó contra ninguno de los condenados a muerte. Nosotros sentimos una gran alegría por haber contribuido a salvarles la vida.

En la prensa se hablaba pestes de los comunistas. Pero yo encontraba que eran los hombres más lúcidos, sinceros y valientes. No ví a ningún otro sector político defender con tanto corazón a los cesantes, ni menos levantar su voz en favor de los amotinados de la Marina.

El día en que Lafertte pasó en gira hacia Concepción, como candidato a la Presidencia de la República, a eso de la una de la tarde, unas cien personas acudieron a la estación de Chillán, para saludarlo y vitorear su nombre. Yo estaba entre ellas. Allí vi por primera vez al hijo del salitre, el comunista chileno más perseguido, del cual sería más tarde amigo y compañero en los más altos puestos de la dirección del Partido.

Al terminar mi primer año de normalista volví a Tomé de vacaciones. En menos de seis meses, desde el veintiséis de julio una sucesión de acontecimientos había sacudido al país y conmocionado a mucha gente. En mi pueblo encontré ahora comunistas. Hice migas con un zapatero remendón, el maestro Palmita, que era miembro del Partido. Cada vez que me hablaba de la cesantía y la miseria demostraba cierto orgullo por su oficio.

- Por la casa del zapatero- me decía —pasa el hambre, pero no entra.

Todos los días cae algo, aunque sólo sea para parar la olla.

Palmita era de Tomé adentro, de Guarilhue, que es una larga y profunda quebrada de suave pendiente, donde viven pequeños viñateros. El lugar constituye uno de los mejores microclimas que produce una exquisita uva italiana y un excelente pipeño.

Cierta vez, Palmita me invitó a una reunión comunista que se llevó a cabo en una casa del cerro Estanques. En tal ocasión di el paso más importante de mi vida: ingresé al Partido. Fue en 1932, creo que en el mes de febrero.

Hasta hace algunos años el maestro Palmita vivía siempre en Tomé, detrás de la Estación, en el Cerro Alegre. Lo pasé a ver varias veces. Supe de su muerte cuando ya se lo había sepultado. De haberlo sabido oportunamente habría estado en la despedida de sus restos mortales. Nunca olvidaré a ese hombre sencillo, enredado para hablar, pero claro de pensamiento, que un día del verano tovecino me abrió las puertas del Partido.

No todas las cosas que me conmovieron eran de carácter político. Mi hermano Moisés, ya en libertad y exonerado de la Marina, había retornado a Tomé. Se enamoró hasta los huesos de quien sería su primera esposa, Elena Aravena. Pero la familia de ella se oponía al matrimonio. En esta circunstancia, los tórtolos decidieron salirse con las suyas y para ello se arrancaron. Recorrieron varias aldeas vecinas. Los familiares de Elena dieron cuenta del "rapto" a la policía, y los comisionados los buscaron durante varios días. Aparecieron solos, al cabo de una semana. Y todo terminó como Dios manda.

También para mí el verano resultó violento. Mientras estudiaba en Chillán, Elsa, la niña de mis sueños, se había enamorado de un muchacho de Nueva Aldea, y me dio calabazas. Fue la primera, pero no sería la última mujer que me dejara plantado.

El primer semestre de 1932 seguiría marcando un ascenso en las luchas estudiantiles. Los normalistas nos organizamos en centros, uno por cada curso. La agrupación de todos ellos se llamó Unión de Estudiantes Normalistas de Chillán (UENCH), de la cual fui elegido Secretario de Actas.

Desde la caída misma del gobierno de Ibáñez, estaba al orden del día el desplazamiento de los hombres designados por el régimen pasado en los puestos de responsabilidad de la Administración Pública. Por ello se planteó la salida del Director de nuestra Escuela, don José Pinochet Le Brun.

Una mañana, temprano, corrió una voz entre nosotros. En tanto se abrieran las puertas de la escuela para salir a la ciudad como todos los fines de semana, deberíamos trasladarnos al Estadio "para considerar asuntos muy importantes". Nos congregamos allí. Hablaron algunos alumnos de los cursos superiores, señalando la necesidad de echar al Director. Se aprobó la idea y, al efecto, todos firmamos una petición por escrito. A los pocos días, llegó desde Santiago don Moisés Mussa, Inspector General de Enseñanza Normal. Se reunió con nosotros y conoció también la opinión de los profesores. Transcurrido cierto lapso, se produjo el cambio.



Tres Directores, uno tras otro, se sucedieron en el cargo. Pero ninguno de ellos resultó mejor que don José Pinochet. Años después me encontraría con éste en Santiago. Era un hombre de ideas claramente progresistas. Atando cabos, llegué a la conclusión de que, al menos en este asunto, habíamos caído en el juego de masones y católicos por el control de las escuelas normales

Nos propusimos, también, aumentar nuestra representación en el Consejo de Profesores, en el cual sólo teníamos un delegado. Pedimos uno por cada curso, nueve en total. Además, sostuvimos, que se debía eliminar los exámenes. Si los profesores nos ponían notas mensuales y conocían, como era su deber, la capacidad, el esfuerzo y el rendimiento de cada uno, ¿para qué los exámenes?. Alegamos que sólo favorecían a los memoriones. Estos podían flojear todo el año y, con sólo calentar las materias durante un par de días, obtener resultados excelentes en las. Pruebas finales. Tal era la fuerza de los estudiantes y el desconcierto y la dispersión en el campo de las autoridades, que logramos efectivamente la supresión de dichas pruebas en un semestre y, por un breve período, obtuvimos también la representación que reclamábamos en el Consejo de Profesores.

La comida se había echado a perder. Los comerciantes que abastecían a la Normal recibían con mucho atraso los pagos fiscales. Algunos cortaron el suministro. Otros se aprovecharon de la situación para entregarle a la escuela legumbres que tenían en bodega desde hace dos o tres años. Faltó el azúcar, y, durante un tiempo, tuvimos que endulzar el té con miel. Era una mezcla muy desagradable.

Un día aparecieron gusanos en la sopa de quaker. Indignados nos levantamos de las mesas y, con los platos en las manos, nos dirigimos a la oficina del Director para reclamar mejor comida. No volvieron a darnos esa sopa.

Envalentonados por los éxitos quisimos ir más lejos. ¿No teníamos derecho, acaso, a opinar sobre nuestros propios maestros? Una mañana nos constituimos en asamblea y llamamos a los profesores. En su propia cara pedimos la salida de varios que nos parecían ineficiente. Creo que se nos pasó la mano. Me parece que las opiniones que emitimos estuvieron marcadamente influidas por factores emocionales. La simpatía que sentíamos por un profesor determinado pesaba más que su capacidad para el cargo. De esto modo, los dividíamos entre buenos y malos principalmente por la actitud que tenían hacia nosotros. Este no es un factor subalterno, tratándose sobre todo de maestros. Pero pienso que le dábamos una relevancia exagerada. Además, creo que los alumnos no deben erigirse en jueces de sus profesores. Otra cosa es tener arte y parte en todos los asuntos relativos a la comunidad secundaria y universitaria y, en consecuencia, también en la formación de criterios para la selección y evaluación de sus maestros. Ello es correcto.

Había profesores que tenían ideas de izquierda. Otros nos hacían la guerra y otros, en fin, dieron al menos muestras de una actitud comprensiva respecto al período que vivía el país y a la rebeldía de los estudiantes. El curita Alarcón, por ejemplo, se daba cuenta cabal del terreno que pisaba. Cuando nos interrogaba confundíamos adrede una cosa por otra. Si nos pedía que relatáramos la parábola de "El buen Samaritano", le contábamos la del "Hijo pródigo" y, para colmo, le agregábamos cualquier cosa de nuestra cosecha. Pero el inteligente curita no se inmutaba.

- Ya, a tu asiento - decía. Malito, malito, un 7, o sea la nota máxima.

Un nuevo acontecimiento político repercutió en nuestra escuela. El 4 de junio de 1932 fue derrocado el gobierno de Juan Esteban Montero y se proclamó la llamada República Socialista. Esta tuvo una vida muy efímera. Duró sólo doce días. Su principal figura, el Comodoro del Aire Marmaduke Grove, que luego sería uno de los fundadores y líder del Partido Socialista, alcanzó una popularidad considerable. Varios de los miembros del Grupo Avance se declararon "provistas", y nosotros los expulsamos calificándolos de reformistas.

La República Socialista fue sustituida por la dictadura de los 100 días de Carlos Dávila, durante la cual fue detenido en Antofagasta y en seguida trasladado al sur y fondeado en la Bahía de Valparaíso, el profesor comunista Manuel Anabalón Aedo. Un hermano suyo era alumno de nuestra Escuela. Seguimos con gran inquietud la lucha por el esclarecimiento de tan horrendo crimen.

Había transcurrido sólo un año desde que Ibáñez fuera derribado. Un año lleno de emociones, de una fuerte y profunda conmoción social que nos había abierto otros horizontes y puesto en el camino de la lucha social.

Cuando Arturo Alessandri fue elegido Presidente de la República, las clases dominantes se reagruparon en torno a su gobierno y consolidaron sus posiciones de poder por varios años. Las arremetidas reaccionarias alcanzaron a nuestra escuela. Algunos compañeros fueron expulsados en medio de una furibunda campaña de "*La Discusión*", en contra de la "penetración comunista". Se produjo un descenso en la lucha estudiantil. No faltaron entre nosotros quienes depusieron toda actitud de combate.

El tiempo que siguió nos impuso otro ritmo y otras preocupaciones complementarias. Leíamos con avidez cuanto libro y folleto caía a nuestras manos sobre cuestiones sociales. No era mucha, ni siempre muy valiosa la literatura que circulaba. Pero aquella de la cual dispusimos jugó un papel en nuestra formación ideológica y política. Nuestra adhesión a la causa revolucionaria, al comienzo más emocional e intuitiva, se hizo más conciente. Por la prensa en general y particularmente por "*Bandera Roja*" y otras publicaciones comunistas, seguíamos con atención el curso de la política chilena y los principales acontecimientos mundiales. Hitler había escalado el poder en Alemania, el Frente Popular surgía en Francia, Estados Unidos salía de la crisis con Franklin Delano Roosevelt, los soviets se afianzaban en una parte de China, en la Unión Soviética proseguía con éxito la construcción del socialismo.

Manteníamos estrechas relaciones con algunos profesores primarios, en particular con Exequiel Arellano. Este había sido exonerado por participar, junto a otros 200 maestros, en el Congreso de la Federación que se efectuó en Concepción a principios de 1933. El ministro de Educación que dispuso la "razzia" se llamaba Domingo Durán.

Como los muchachos de cualquier internado, practicábamos diversos deportes, teníamos concursos literarios, editábamos nuestra propia revista, "*Alborada*", participábamos en las fiestas primaverales y creamos un grupo de teatro. Me tocó el rol principal en el sketch "*El Arreglo de Washington*" que dimos en San Carlos y Pinto. Recuerdo que en Pinto la sala que servía de teatro carecía de asientos, por lo cual los espectadores llegaron a la función con bancas y sillas.

Desde que ingresé a la Escuela, mi hermana Lila me enviaba cinco pesos mensuales para mis gastos, Al comienzo eran más que suficientes. Al final, andaba siempre falto de divisas, como dicen los obreros nortinos. Las "parrandas" las consumían todas. Alrededor de la Escuela había varios boliches a los cuales acudíamos para tomarnos una ponchera y bailar con algunas chiquillas. Uno de mis condiscípulos, Humberto Seguel, tenía amistad con la dueña de uno de esos negocios. Un sábado me pidió que lo acompañara. Como se nos pasara la hora de retornar a la escuela, tuvimos que alojarnos allí mismo. Seguel no tenía problemas. Se las había arreglado con su amiga. El problema era yo o, si se quiere radicaba en que había sólo otra cana y en ella debían dormir dos muchachas, una, de la casa, que mantenía relaciones íntimas con un profesor de la normal, y la otra, una amiga suya. Para abreviar la historia debo decir que, ya muy avanzada la noche, éstas aceptaron que me metiera bajo las tapas, me advirtieron si que ni siquiera debía moverme. Acepté el compromiso y me echaron al medio. Pero no pude cumplir con mi palabra. Al rato de apagarse la luz, me di vuelta para el lado de la amiga del profesor de la Escuela, y le falté el respeto.

Llegó Diciembre de 1934 y el término de mis estudios de normalista. Las notas finales que aparecen en mi licencia son muy disparejas, obtuve un cuatro en espíritu profesional y un cuatro en conducta, es decir, la nota mínima aceptable. Supe que en el Consejo de Profesores se discutió mucho mi caso. Hubo quienes sostuvieron que yo sería, en la vida, un agitador revolucionario y que, por lo tanto, no debería dárseme el paso para incorporarme a la educación pública. El tiempo demostró que no se equivocaron los que así pensaban. Pero, ¿que habrían sacado con negarme la licencia de maestro? Mi vida había tomado ya un rumbo firme, del cual nadie ni nada podría apartarme. Varios otros muchachos de mi Escuela emprendieron también el camino de la revolución. Dos compañeros de mi curso, Luis Amando Sandoval y Rolando Rivera, militaron en el Partido por espacio de tres décadas, hasta el día de su muerte, y dos más, Isla y Unda, siguen en sus filas. No fui, pues, un caso excepcional.

### III

Al egresar de la Escuela Normal me dirigí a Concepción. Mi familia se había trasladado a esta ciudad, donde Dalila tenía un mejor empleo y Nicolás trabajaba como cobrador de góndolas en la línea a Chiguayante.

La población penquista contaba con un servicio de tranvías. Estos tenían "imperiales.", como en Valparaíso. Desde la estación principal de ferrocarriles partía una línea de carros hacia Puchacay y otra hacia Pedro de Valdivia. Una tercera línea unía el mercado con el barrio La Pampa.

En los primeros días de 1935 se declararon en huelga los trabajadores de Vías y Obras de los Ferrocarriles del Estado. El Partido le dio a la Federación Juvenil Comunista la tarea de sacar un paro de los tranviarios en apoyo de los obreros del riel.

Circulaba en nuestras filas un folleto de Losovski, dirigente de la Internacional Sindical Roja. Se llamaba "De la huelga a la toma del poder". La tesis que desarrollaba Losovski era la siguiente: en determinadas condiciones una huelga cualquiera podía convertirse en el primer eslabón de una cadena de huelgas, en el punto de partida de un movimiento revolucionario que podría conducir a la toma del poder político por los trabajadores. Dicha tesis la tomábamos al pie de la letra. ¿Cómo no íbamos a considerar, pues, importante la tarea que se nos había dado?. Pero ¿qué hacer, cómo operar si entre los tranviarios no había un solo comunista?

Unos cuantos militantes de la Federación Juvenil Comunista decidimos levantarnos de madrugada e ir al depósito donde se guardaban los carros para lanzar un volante llamando a los tranviarios a plegarse a la huelga ferroviaria.

Llegamos al depósito poco antes de las seis de la mañana. Los maquinistas y cobradores de los tranvías se aprestaban para iniciar su trabajo cotidiano. En tanto lanzamos las proclamas, un grupo de tranviarios, militantes del Partido Nazi de González Von Marées, cargó contra nosotros, blandiendo los gruesos cinturones de sus uniformes. Como éramos menos y ningún tranviario nos acompañó, tuvimos que emprender las de villadiego. Pero uno de los nuestros, Córdova, que rengueaba de una pata, se fue quedando atrás. Lo pescaron y lo condujeron a un cuartel de la policía. Allí le apretaron las clavijas y se fue de lengua. Dio el nombre de varios de nosotros, entre ellos el mío. No tuve otro camino que "fondearme". Lo hice en compañía de Julio Salazar, ferroviario, y de Armando Rodríguez, zapatero.

La primera noche nos alojamos en casa de unos feriantes de la calle Caupolicán, tan buenos para el tinto y el otro que el tufo de los curados y los vientos que se tiraban ponían el aire muy pesado. Casi no pudimos dormir. Al día siguiente nos trasladamos a una casa a medio construir, situada a la mano derecha de la entrada al cementerio.

Dos o tres veces fue un "tira" a mi casa a preguntar por mí. Se empeñaba en convencer a mi familia que lo mejor que yo podía hacer era presentarme voluntariamente al Cuartel de Investigaciones. Se ofreció para aconsejarme lo que

debía declarar a fin de que las cosas no pasaran más allá. Mi hermana mayor creía que obraba de buena fe. Pero yo no me presté para pisar el palito. Sin embargo, estuve a punto de caer por torpeza personal. Transcurrido algunos días, fui a la zapatería donde trabajaba. Rodríguez para saber cómo andaban las cosas por allí. Sorpresivamente entró un "pesquisa" y preguntó por él.- Se le respondió que no estaba. El "tira" se dirigió a mí:

—Y tú, ¿cómo te llamas?

-Osvaldo Ulloa— le dije sin vacilar. Di pues, el nombre de mi primo, el de mis correrías campestres en Tomé.

El "Tira" que me interrogó era el mismo que había ido a mi casa. Debió ser muy incapaz, porque podía haberme sacado por el parecido con mis hermanos. O tal vez no se fijó mucho. Sabía que yo era profesor y quizás me imaginaba más grande y mejor vestido. El hecho es que no me preguntó nada más y se fue.

Los días siguieron pasando. La huelga ferroviaria terminó más mal que bien y, por cierto, no fue, ni de lejos, la primera de una sucesión de huelgas que culminarían con la toma del poder.

Cuando amainaron las medidas represivas volví a mi casa.

El Comité Regional del Partido, primero, y el de la Federación Juvenil Comunista, después hicieron el balance de lo sucedido. Lo que nos había pasado con los tranviarios, debía servirnos particularmente de lección. Se requería crear células comunistas en todas las industrias y, al mismo tiempo, acelerar el proceso ya iniciado del entendimiento de todos los trabajadores, es decir, forjar la unidad sindical. Sin ambos requisitos no era mucho lo que se podía hacer.

En el magisterio primario había dos organizaciones, la Federación de Maestros y la Asociación de Profesores. Precisamente se fusionaron en aquel año de 1935, constituyendo la Unión de Profesores de Chile, a cuyas filas podían incorporarse también los maestros de las otras ramas de la educación. Aunque mi actividad principal se desarrollaba entre los jóvenes asistía regularmente a las reuniones del grupo de profesores comunistas, encabezado por Isaías Fuentes, que fue Gobernador de Coronel en los comienzos del gobierno de González Videla. Fuentes murió años más tarde, luego de salir muy enfermo del campo de concentración de Pisagua. Éramos muy pocos los maestros comunistas que habíamos en Concepción. Pero el sentimiento unitario había calado tan hondo en el magisterio que no fue difícil fundar la seccional de la Unión de Profesores. Esta nació en una asamblea que realizamos en una amplia sala del último piso del diario "El Sur".

En cumplimiento de la orientación del Partido nos propusimos crear células de la Federación Juvenil Comunista en una fábrica de velas, en el molino de la ciudad y en la Fábrica de Paños Concepción. En el primer caso, luego de realizar algunos mítines relámpagos en el momento en que los obreros salían del trabajo, nos hicimos amigos de uno de ellos, le visitamos en su casa, convinimos en ampliar las conversaciones a otros de sus compañeros y, siguiendo este camino, en breve tiempo formamos allí una base de la Federación Juvenil. Para lograr otro tanto en el molino se nos presentó una oportunidad especial. Los obreros que en él trabajaban se habían declarado en huelga.- Observamos que, de noche, los más jóvenes hacían guardia alrededor de su sitio de trabajo, vigilando que la compañía molinera no sacara harina.

Nos acercamos a conversar con esos jóvenes huelguistas. Les llevamos sandwichs y café. Hicimos esto basta que terminó la huelga. La cosecha no se hizo esperar: varios de ellos se hicieron militantes de nuestra organización. En la fábrica de paños me tocó a mí desempeñar un papel singular. El sindicato de esta fábrica tenía un magnífico local. Nos entrevistamos con su presidente para ofrecerle una velada de un conjunto artístico que teníamos y luego yo le propuse hacer clases de alfabetización. No fueron muchas las que hice. Pero abrimos camino a una relación personal con los jóvenes textiles, la que culminó también en la formación de una célula.

Por lo menos una vez a la semana salíamos de noche a la propaganda mural. Poníamos loros en las esquinas, mientras tres o cuatro de nosotros escribían consignas en las paredes de una cuadra determinada. La consigna que más nos gustaba decía: "Abajo la sangrienta dictadura de Alessandri" Parece que era también la que más pica le daba a las autoridades, porque en la "pesca" le sacaban la ñoña a los compañeros que pillaban escribiéndola.

El Secretario Regional de la Federación Juvenil Comunista era un muchacho moreno que tenía una voz de locutor, hacía versos y respondía al pomposo nombre de Enrique Matus Fontana. Después abandonó la organización y se hizo canuto. Se ganaba el puchero de manera "non sancta". Compraba su kilo de mantequilla de buena calidad, la ponía en una sopera, le echaba como un litro de agua y la batía con una espátula hasta que absorbía todo el líquido y se convertía de nuevo en una sola masa compacta. Con la ayuda de un molde hacía panes de mantequilla de más o menos un octavo de kilo. Estos eran envueltos en un papel especial con la siguiente inscripción: "Mantequilla pura. Marca registrada. Fundo "La Dehesa". Osorno". En un maletín de madera, como esos que usan carpinteros, ponía los panes, y todos los fines de semana los vendía en Conmito, Penco y Lirquén.

De vez en cuando la represión arreciaba. Usábamos nombres supuestos y una clave muy elemental. Por ejemplo, en la calle no hablábamos del Partido, sino de Don Pancho, y en vez de decir Juventudes. Comunistas decíamos doña Julia. A menudo nos reuníamos en el Cerro Caracol. Una vez lo hicimos en el Cementerio.

En cierta ocasión que nos citamos en Plaza Cruz para dirigirnos a Talcahuano, pasó una ronda de carabineros. Los pacos nos tomaron por vagos y nos llevaron al retén. Durante toda la tarde nos hicieron limpiar las caballerizas y después nos soltaron.

Fui invitado varias veces al Comité Regional del Partido, cuya jurisdicción abarcaba, además de Concepción, las provincias de Arauco, Bío-Bío y Malleco. Sus reuniones se hacían los sábados en la tarde. Allí conocí a Leoncio Medel. Este andaba siempre a salto de mata en la zona carbonífera. La compañía le había puesto precio a su cabeza.

Las reuniones del Comité Regional se iniciaban con un largo informe de dos o tres horas. No había mucha diferencia entre uno y otro de los que tuve oportunidad de oír. Invariablemente comenzaban por una revista de la situación internacional, partiendo del extremo oriente para culminar con amplias referencias a la edificación del socialismo en la URSS. El informante se detenía especialmente en la América Latina. Cuando llegaba el momento de entrar al análisis de las cosas de Chile, ya casi no le quedaba voz y a sus auditores muy poca capacidad de retención. Sin embargo, recuerdo muy bien que en lo tocante a nuestro país se diseñaba un cuadro bastante optimista de la lucha social y de las perspectivas que ella ofrecía. Se afirmaba que los

campesinos y mapuches del alto Bío Bío, donde el año anterior había ocurrido la matanza de Ranquil, estaban listos para volver al combate. Parte de ellos había cruzado la cordillera para escapar de los verdes. Pero retornarían para recuperar sus tierras usurpadas en tanto a este lado de los Andes comenzara la revolución. Se hablaba de los sectores obreros que se hallaban bajo una marcada influencia del Partido. En estos balances aparecía siempre la Federación de la Madera, aparte, naturalmente, de los trabajadores del salitre y del carbón y de los obreros de Vías y Obras que se agrupaban en la Federación Ferroviaria. Yo no sabía qué era la Federación de la Madera. Luego me di cuenta que se trataba de unos cuantos sindicatos de artesanos mueblistas.

En el Partido maduraban cambios importantes en su política. Pronto terminó por comprender que la revolución no estaba precisamente a la vuelta de la esquina. Y se lanzó por el camino que condujo a la formación del Frente Popular.

Yo frecuentaba el local de la Federación Obrera de Chile, que estaba muy cerca de mi casa, en Rozas esquina de Prat. Allí se reunían el Sindicato de la Construcción; el de Feriantes; el de Rodados y otros. Acudían al lugar obreros y mujeres expulsados de las minas de carbón. Ellos nos enseñaron varias canciones revolucionarias, como Canto a la Pampa, Soy Comunista, la Huelga, Elegía a la Muerte de Lenin e hijos del Pueblo. Esta última decía así:

“Hijos del pueblo, te oprimen cadenas.  
Esta injusticia no puede seguir.  
Si tu existencia es un mundo de penas,  
antes que esclavo, prefiere morir.

Esos burgueses, asaz egoístas,  
que así desprecian la Humanidad,  
serán barridos por los comunistas  
al fuerte grito de libertad.

iAh, rojo pendón,  
no más sufrir,  
la explotación  
ha de sucumbir!  
Vindicación  
no hay que pedir;  
sólo la unión  
la podrá exigir.  
iLevántate, pueblo leal,  
al grito de revolución social!  
Nuestro Pavés  
no romperás.  
iChanco burgués,  
Atrás, atrás!

Los corazones obreros que laten  
por nuestra causa, felices serán;  
si entusiasmados y unidos combaten,  
de la victoria la palma obtendrán.

Los proletarios a la burguesía

deben tratarla con altivez  
y combatirla también a porfía  
por su malvada estupidez.

¡Ah, rojo pendón.... (se repetía el estribillo).

A mí me gustaba mucho esta canción.- Pero con el tiempo se dejó de cantar.

Un día tomé el tren para Santiago a fin de gestionar mi nombramiento de profesor. En la capital me arranché en casa de Delfina Gutiérrez, maestra exonerada. Delfina trabajaba como secretaria de Ricardo Latcham (padre) en el Museo Nacional. Vivía en un pasaje paralelo a Recoleta, que da a Santos Dumont. En las mañanas yo me encargaba del aseo y de preparar el arroz graneado o de armar otra comida para la hora de almuerzo, según las instrucciones que ella me dejaba. También aprovechaba el tiempo para leer. Casi todas las tardes iba al Ministerio de Educación, que ocupaba una vieja casona en el costado Norte de la Alameda entre Estado y Ahumada. Nos juntábamos por decenas los egresados de las diversas normales esperando que nos pudiera recibir el Ministro, el Subsecretario o el Director General de Instrucción Primaria. Una que otra vez pudimos hablar con ellos, sin sacar nada en limpio. Sólo de tarde en tarde aparecía alguno de nosotros en las listas de nombramientos. En ella figuraban, en cambio, designaciones, traslados y permutas de colegas a quienes no le veíamos ni la nariz, pero que tenían padrinos en la corte, diputados o senadores que andaban como Pedro por su casa en las oficinas del Ministerio.

Como los días pasaban y mi nombramiento no salía, recurrí a una estratagema. Me había dado cuenta que después de las seis de la tarde, hora en que terminaba la atención al público, seguían trabajando en sus oficinas, los más altos funcionarios. Una tarde decidí quedarme adentro, escondido en los baños, mientras los porteros cerraban las puertas de acceso al Ministerio. Minutos después me dirigí a plantearle mi problema al Jefe del Personal, que era la persona clave en eso de los nombramientos. Abrí la puerta de su oficina y, antes que alcanzara a reaccionar le dije:

- Excúseme señor. Van para dos meses que estoy en Santiago y en la casa donde me hospedo, de una familia conocida pero de modesta situación ya no me pueden tener más. Yo necesito trabajar para ayudar a mi madre. He cometido, tal vez, una falta al quedarme dentro del Ministerio pero no he encontrado otro medio para explicarle a usted cuánto me urge ser nombrado profesor.

El Jefe del Personal no reaccionó mal. Creo que hasta le gustó o comprendió mi proceder, pues resolvió en el instante proponer mi nombramiento. A los pocos días empezó a caminar el decreto correspondiente.

Mientras permanecí en Santiago participé en varias reuniones de maestros comunistas. En una de ellas conocí a Ricardo Fonseca y a la que sería su compañera, Elena Pedraza. Con frecuencia iba a San Antonio 58, que había sido sede de la Federación de maestros y que, una vez desaparecida ésta al formarse la Unión de Profesores, quedó como local del Partido Comunista, aunque oficialmente no figurara como tal.

Se había formado un Tribunal Popular, para investigar la muerte de José



Bascuñán Zurita, encargado del trabajo campesino del Partido y miembro de su Comité Central, Presidía este Tribunal don Carlos Vicuña Fuentes. Lo oí hablar en el Teatro Recoleta, dando cuenta precisamente de las conclusiones de la investigación. Poco después de la matanza de Ranquil, Bascuñán Zurita había sido detenido en el sur y arrojado, según todas las evidencias, a las aguas del río Laja.

Concurrí también a los funerales de Pedro León Ugalde, político radical, romántico y bohemio, que usaba capa y chambergo y era uno de los más punzantes opositores al gobierno de Alessandri. Era, además, Senador por Santiago. Para reemplazarlo en la Cámara Alta, el Block de Izquierda - constituido por el Partido Socialista, el Partido Radical Socialista, el Partido Democrático y la llamada Izquierda Comunista - pensaba presentar como candidato a Ricardo Latcham, hijo. Este era Regidor Socialista por Santiago, brillante intelectual y magnífico conferencista. Pero había un candidato mejor: Luis Rojas Mery, Director de La Opinión. Rojas Mery había realizado una valiente y enérgica campaña de prensa en contra del acuerdo Ross-Calder, en virtud del cual se ampliaban las concesiones que el Estado Chileno había otorgado al monopolio yanqui de la electricidad. Por esta campaña había sido condenado a la pena de extrañamiento. En estas circunstancias, el Partido Comunista se acercó a él, le propuso la candidatura y le ofreció ocultarlo para que permaneciera en el país. Todo esto fue aceptado por Rojas Mery y el Partido Radical Socialista al cual pertenecía.

En el acto de despedida de los restos mortales de Pedro León Ugalde, que se realizó al costado oeste del Cementerio General, inmediatamente pasada la puerta principal, apareció de repente, como orador, el periodista perseguido. Alcanzó a pronunciar muy pocas palabras porque los "pesquisas" se movilizaron de inmediato tratando de detenerlo. No pudieron. Rojas Mery dejó la tribuna y, como todo estaba preparado, pudo escapar.

A la salida del cementerio, los carabineros cargaron contra los que habíamos formado en el cortejo fúnebre, dispersándonos por las calles perpendiculares a la Avenida La Paz.

El Block de Izquierda terminó aceptando la candidatura proclamada por los comunistas. En torno a ella se agruparon las fuerzas que pronto constituirían el Frente Popular. Rojas Mery perdió la elección por muy pocos votos, Pero la izquierda había demostrado que unida podía vencer.

Mi nombramiento como profesor se extendió para la Escuela N° 1 de Iquique, La Escuela Santa María, frente a la cual se produjo la matanza que lleva su nombre, el 19 de diciembre de 1907. Yo hice el viaje en tren, partiendo desde La Calera, donde comienza la trocha angosta. Duró tres días y tres noches. El longitudinal o longino, como lo llamaban los iquiqueños, no pasaba entonces por Los Vilos. Antes de llegar a Longotoma se internaba hacia la Ligua, seguía hasta Cabildo y de ahí subía y bajaba cuestas, por túneles y cremalleras, hasta tomar rumbo a Ovalle. En el alto de la cuesta Las Palmas, el tren en que viajaba quedó detenido en la nieve, a eso de las 10 de la noche. Sólo reanudo su marcha después de amanecer.

El mismo día que llegué a Iquique a casa de Ricardo Sánchez, profesor exonerado, cuya dirección llevaba desde la capital. Juntos salimos en busca de José Tristán Barrera, el dirigente comunista iquiqueño más conocido de ese tiempo. Lo encontramos trabajando como alcantarillero en la calle Tarapacá, más arriba de

Barros Arana.

Iquique me gustó desde el mismo día que llegué a él. Es una de las ciudades chilenas con personalidad más definida. Sus casas con azoteas y balcones y éstos con balaustradas son realmente hermosas, sobre todo cuando están pintadas de rosado o celeste brillantes. Pero más maravillosa es todavía su gente, sencilla y llana, más que en ningún otro lugar del país.

Eso de que "Iquique es puerto y las demás son caletas" pinta sin duda una realidad que se vivió en la época de oro del salitre. Hacía ya tiempo que ésta se había ido. Pero alcancé a conocer las huellas y los restos de ese esplendor. Todavía trabajaban numerosas oficinas salitreras entre ellas Rosario, Santa Rosa de Huara, Mapocho, Humberstone, Cala-Cala, Buenaventura y Brac. Los obreros bajaban por centenas los días sábados, con sus impecables trajes de casimir negro y sus camisas blancas o azules. Eran los mejores parroquianos del Chung San, de la Bola de Cristal y otros sitios de diversión. En sus corazones mantenían vivo el recuerdo de Recabarren. Muchos de ellos lo habían conocido. Relacionarme con estos obreros y con los viejos comunistas del Puerto, como José y Lino Barrera, Vicencio y Corro, fue para mí una felicidad.

Además de mi trabajo entre los maestros, me encargué de distribuir *Bandera Roja*, el periódico del Comité Central, y la Revista de la Internacional Comunista que llegaba desde España en castellano, Una decena de ejemplares de cada edición de esta revista la recibía directamente un librero de parte de un hermano suyo que vivía en Valencia.

Fue difícil mi trabajo en la Escuela Número Uno. Me entregaron un primer año cuando ya estaba por terminar el periodo escolar y la mayoría de los alumnos estaban atrasados en sus estudios. Por otra parte, el Director Guerrero, era muy exigente con una serie de formalidades sin mayor valor. Me disgustaba su actitud. Tampoco me agradaba salir de excursión con mi curso, cosa que debía hacer con cierta frecuencia, Tenía que cruzar con él buena parte de la ciudad y algunos niños se alborotaban, lo que me obligaba a llamarles la atención en público. La gente me miraba con curiosidad, porque varios de mis alumnos, a pesar de ser de primer año, eran más altos que yo y no siempre se podía distinguir donde iba el profesor.

En enero o febrero de 1936 estalló una nueva huelga ferroviaria. Esta fue total y recibió todo el apoyo de los partidos de izquierda. A raíz de esto, el gobierno de Alessandri sometió al país al Estado de Sitio y relegó a numerosos dirigentes políticos, desde comunistas a radicales. Tal hecho aceleró el proceso de la unidad del pueblo. La represión continuó, aunque con menos fuerza. Yo caí en una nueva ola de exoneraciones de maestros. Se puso término a mis funciones a fines de agosto, justo al año de haber empezado a trabajar como profesor.

Mi destitución fue completamente arbitraria. Sin que mediara ningún sumario, el Director General de Instrucción Primaria, Claudio Matte, le envió un telegrama al Inspector Provincial de Educación, Ortelio Parra, comunicándole mi exoneración. Ya habíamos fundado la seccional Iquique de la Unión de Profesores, de la cual yo era Secretario General. Una numerosa delegación de la UPECH acudió al diario "EL Tarapacá" para estampar una protesta y dejar constancia que, fuera de las horas de clases, no se podía negar a los profesores los derechos políticos consagrados en la Constitución. Tal era mi caso, pues se me exoneraba por el "delito" de haber pronunciado un discurso en la Sala Obrera, al término de un desfile del Frente

Popular.

El Director de "El Tarapacá" Frej, encontró razonable la protesta de mis colegas, tomó nota de sus quejas y quedó de darles publicidad. Los atendió con mucha gentileza. Pero ni al día siguiente ni después apareció siquiera una línea del reclamo.

Regresé a Concepción entregándome de lleno a las tareas del Partido y en especial a la Federación Juvenil. Ahora se trataba no sólo de agrandar la Federación, sino de lograr también la unidad de los jóvenes antifascistas. En todo el país se creaba, como expresión unitaria, la Alianza Libertadora de la Juventud.

Hacia sólo unos pocos meses que estaba en Concepción cuando fui llamado desde la capital para participar en un Pleno del Comité Central de la Federación Juvenil Comunista. Me alojé en la ranchita del cuidador de la iglesia de Los Sagrados Corazones, réplica del Sacre Coeur, de París, situada en Prat esquina de Inés de Aguilera, Allí recibí la citación que decía escuetamente: "Mañana a las 2 de la tarde en Los Leones, terminal del tranvía 27". A la hora y día indicados me esperaba allí un compañero. Juntos caminamos hasta el Canal San Carlos, desde donde partían las góndolas para Las Condes.

Lo que es ahora la Avenida Apoquindo era entonces un ancho camino polvoriento a cuyos lados sólo había pircas de piedras o cercos de adobes. Donde hoy se levanta el llamado barrio alto de la capital sólo había unos cuantos fundos

Luego de bajar de la góndola en el pueblito mismo de Las Condes, tomamos el camino hacia Farellones. Anduvimos unos 10 kilómetros, hasta levantar nuestro "campamento de excursionistas" en un lugar donde aún se mantenían abandonados, pero en pié, dos hornos para hacer carbón. Todos los miembros del Comité Central fueron con zapatos y ropas apropiados, mochilas y mantas para dormir y llevaban su propio cocaví. A mi no me habían advertido nada. Fui a esa reunión con el mejor traje que tenía, zapatos casi nuevos, camisa blanca y corbata. Me sentía muy mal.

La cuestión principal que trató el Pleno fue la unidad de la Juventud antifascista. El Secretario General de la Federación Juvenil Comunista era Luis Hernández Parker. Pero a esta reunión asistió también Ricardo Fonseca, a quien el Comité Central del Partido había designado para trabajar con los jóvenes. Algunos meses después, Fonseca reemplazó a Hernández Parker. Este fue expulsado por haber hecho declaraciones ante la policía argentina, que se consideraron comprometedoras para la organización. Había asistido a un Congreso de la Juventud Comunista argentina que se realizó en la ciudad de Rosario. Allí fue tomado preso y torturado. No resistió el apremio policial.

Yo estaba de vuelta en Concepción cuando aparecieron en el "El Imparcial" de Santiago las declaraciones que Hernández Parker había hecho a la policía transandina y que primero publicó el diario "Clarín" de Buenos Aires. Hasta mi nombre había dado como uno de los dirigentes de los jóvenes comunistas chilenos.

Las madres sienten por el hijo infortunado un cariño singular. La mía pensaba que yo sufría por mi exoneración del magisterio y me rodeaba de una solicitud especial. Nunca le había interesado la política y creía, además, que yo había cometido un error al hacerme comunista. Sin embargo, poco a poco empezó a cambiar. Una tarde pasó por la casa de Jorge Mora, que había sido expulsado de la Escuela de Artes y Oficios junto con Enrique Kirberg y que, como este, se había hecho militante del Partido. Mi madre lo conocía porque también era de Tomé.

-Y usted, ¿es comunista?, le preguntó de sopetón.

- De ningún modo, respondió en forma tajante, al mismo tiempo que me hacía un guiño para que me diera cuenta que sólo trataba de conocer la reacción de mi madre.

Ella se sintió tocada en su corazón y replicó con prontitud:

- ¿Y que tienen de malo los comunistas?.

Para mí era un problema lograr que mi madre comprendiese mi actitud de luchador. Por eso, esa frase —“Y qué tienen de malo los comunistas”— me llenó de felicidad y me hizo ver que de mi comportamiento y el de mis compañeros, dependía en gran parte la posibilidad de que ella llegara a tener simpatías por el comunista.- Con prudencia empecé a llevar a casa a algunos militantes de la Federación Juvenil. Ella los conoció y les tomó cariño. Pero hubo a quien no pasó nunca. Para demostrar que era comunista hasta la médula y disciplinado como el que más, a ese compañero no se le ocurrió nada mejor -en verdad, peor, - que la tontería de decir que si el Partido lo mandaba a matar a su hermano, él lo haría sin vacilar. Mi madre le hizo la cruz.

Al año siguiente, hallándome ya en Santiago, supe que ella había salido a la calle a presenciar un desfile del Frente Popular y que, entusiasmada, había vitoreado al candidato de la izquierda, Don Pedro Aguirre Cerda. Esta noticia colmó mi felicidad. La marea social había hecho el milagro de atraer a quien, como mi madre, proveniente de una familia de pequeños propietarios del campo, y luego trabajadora individual de la costura no esperaba hasta entonces nada de los demás.

En marzo de ese año de 1937 se realizaron elecciones parlamentarias. En Bio-Bío, Azdrúbal Pezoa, socialista, y Pedro Freeman, radical, habían obtenido un número casi igual de sufragios, disputando el cuarto y último lugar de la lista de diputados. Para definir la situación el Tribunal Calificador dispuso que se hiciera la votación en las dos mesas que no se habían constituido, una de Quilaco y la otra de Nacimiento. El Partido Comunista resolvió apoyar a Pezoa toda vez que la mayoría de los radicales de Bío-Bío, y Freeman personalmente, se habían declarado en contra del Frente Popular. Yo fui enviado a Quilaco, Desde Mulchén hice el viaje a caballo hasta llegar a ese apartado y abandonado lugar, que está a un costado del río Bío-Bío, frente al pueblo de Santa Bárbara. Desde Santiago y Los Ángeles ya había llegado mucha gente. Se juntaron varios parlamentarios, entre otros el Senador Marmaduque Grove y los diputados Amador Pairoa y Amaro Castro. Los forasteros, en número

superior a 50, nos cobijamos como pudimos en la única casa que se atrevió a hospedarnos.

Me encontré con Joaquín Martínez Arenas, que más adelante sería Secretario General del segundo gobierno de Ibáñez. Martínez Arenas me contó que, con otros socialistas, había recorrido los campos, entrando a veces a escondidas en los fundos, para hablar con cada uno de los cien y tantos electores que debían votar por Pezoa o por Freeman. Él confiaba en la victoria porque la mayoría de los campesinos se había comprometido a sufragar por el candidato socialista. En esos años cada partido o candidato imprimía sus propios votos y éstos podían retirarse del pupitre o llevarse personalmente para depositarlos en las urnas. Martínez Arenas le había dado instrucciones muy precisas a cada elector para que votasen por Pezoa sin que se dieran cuenta los patrones.

El día de la elección fue muy lluvioso. Los dueños de fundo llegaron a Quilaco, a caballo, junto con sus inquilinos, para votar por Pedro Freeman, que también era terrateniente. Además, en la noche habían echado la balsa río abajo para que los electores socialistas y comunistas que vivían en Santa Bárbara no pudieran cruzar hacia Quilaco. Y como el Bío—Bío traía mucha agua, no lo pudieron vadear.

El candidato socialista sacó un solo voto. Fue el voto del dueño de la casa donde nos hospedábamos. Años después supe que los terratenientes le hicieron la vida imposible y tuvo que abandonar aquel lugar.

A pesar de estos reveses, 1937 fue un año de ascenso del movimiento popular. Como parte de él, la Alianza Libertadora de la Juventud creció en todo el país, luchando por los derechos juveniles y alzando su voz solidaria con el pueblo español, traicionado por un grupo de generales fascistas. En Concepción, la Alianza alcanzó a agrupar a más de mil jóvenes. Abrió locales en Prat esquina de Carrera, en los barrios Pedro de Valdivia y Chillancito y en Salas esquina de Freire, donde estaba su sede principal. Yo fui secretario de su Junta Provincial y Director de su periódico "En marcha". Al Congreso Nacional de la Alianza Libertadora de la Juventud, que se realizó en Santiago en el mes de septiembre, Concepción mandó una numerosa delegación. Ese Congreso designó a siete compañeros, entre ellos yo, para ir a España a participar en la lucha antifascista. Pero el viaje no se pudo hacer.

Aunque la situación económica de mi hogar había mejorado parcialmente, creí de mí deber buscar trabajo. Me sentía, además, obligado a responder ante Raquel, una hermosa muchacha que por mí perdió su empleo en la Compañía de Teléfonos y que fue el gran amor de mi juventud. En el curso de ese año, hice varias tentativas para ganar dinero. Incursioné en el campo del comercio. Tuve negocio de libros en calle Maipú. Compré y vendí fierros viejos. No me fue bien y me dediqué a vender tejidos de lana. Viajé varias veces a venderlos a Penco, Los Ángeles y Angol, pero me fue peor, porque buena parte del tiempo lo dedicaba, en estos viajes, a las tareas de la Federación Juvenil. Cuando el proveedor me pidió cuentas salí para atrás. Tuve que pagarle la deuda con un reloj de oro, marca Omega, de bolsillo, que había comprado en Iquique cuando trabajaba como profesor.

A fines de año fui llamado a la Capital para trabajar como secretario de Carlos Contreras Labarca, Secretario General del Partido, y desempeñar, al mismo tiempo, algunas tareas en el Comité Central de la Federación Juvenil Comunista. Muchas veces regresaría a Concepción, pero sólo en forma esporádica, y ya tampoco volvería a vivir en mi primer y querido hogar.

## IV

Mi sueldo como secretario de Carlos Contreras Labarca era de doscientos pesos mensuales. Vivía con Raquel y andaba al tres y al cuatro. En busca de un ingreso adicional, me hice cargo del kiosco de la Editorial Antares, en la primera Feria del Libro que se levantó en la Alameda, entre Estado y Ahumada. Antares tenía de editorial apenas el nombre, podían contarse con los dedos de la mano los libros que había publicado, Sin embargo, entre ellos, dos eran de mucha venta. Se trataba de una selección de poesías de García Lorca y de "¡No Pasarán!", de Upton Sinclair, que constituía todo un alegato en favor de los republicanos españoles. Se vendían mucho, lo que me permitió ganar unos cuantos pesos que me sirvieron bastante. Esto sucedió en diciembre de 1937.

Desde que se produjo el levantamiento de los generales facciosos, la causa de España pasó a ser motivo de lucha y nexo de unión de las fuerzas antifascistas; comprendía gran parte de la joven generación. La solidaridad del pueblo chileno con los combatientes españoles se expresaba en cada mitin del Frente Popular y de la Alianza Libertadora de la Juventud. Esta desplegó valiosas iniciativas. En la quinta comuna, por ejemplo, columnas aliancistas desfilaron varias veces por la Avenida Independencia, encabezadas por una banda de músicos. Bocina en mano, varios pregoneros llamaban a que cada cual entregara algún alimento envasado para la España leal. Se realizó también una campaña de recolección de cigarrillos. Nadie, que no fuera un fascista declarado, se negaba a dar aunque fuese un par. No había acto juvenil donde alguien no recitara "Canto a las madres de los milicianos muertos", de Pablo Neruda, de su libro "España en el corazón".

Cuando Pablo llegó a Chile dio un recital en el Teatro Municipal, junto al poeta argentino Raúl González Tuñón, ambos testigos presenciales del levantamiento fascista y de la heroica resistencia popular. Ellos trajeron las canciones de la guerra española, entre otras El Quinto Regimiento, Puente de los Franceses y La Morena. Conocí a Pablo el día en que una delegación de la Juventud Comunista lo fue a saludar. Lo visitamos en la casa en que se hospedaba, en la Avenida Irarrázabal.

La Federación Juvenil Socialista, que tenía como Secretario General a Raúl Ampuero, no quiso formar parte de la Alianza Libertadora de la Juventud. Fue necesario constituir otro organismo que comprendiera a los jóvenes socialistas. Surgió así el Comité de las Juventudes Frentistas, en torno a una plataforma de diez puntos que traducía los derechos y aspiraciones fundamentales de la juventud.

La Federación Juvenil Comunista, que se había diluido en gran medida en el seno de la Alianza Libertadora, se presentó como tal bajo el nombre de Juventudes Comunistas de Chile. Empezó a llamarse así porque desde entonces se concibió como una suma o un conjunto de varios destacamentos juveniles, de obreros, campesinos, muchachas y estudiantes.

Entre otras tareas, tuve a mi cargo la dirección del periódico "Mundo Nuevo", del cual alcanzamos a publicar me parece que catorce ediciones. Trabajaban conmigo Luis Fuentealba Lagos y Julio Molina. Al principio nos fue tan bien que hasta

arrendamos una oficina, al lado de la Imprenta y Editorial Antares, ubicada en San Francisco 347, donde aparecía "Mundo Nuevo" y el Partido publicaba el vespertino "Frente Popular". Pero pronto empezaron a escasear los pesos por atraso o no envío de los dineros de las provincias. Formamos en Santiago brigadas especiales para ampliar su venta. Yo mismo las encabecé. Sin embargo, llegó el momento en que no pudimos seguir publicándolo. Con todo, para ese tiempo, constituyó un éxito sacar un periódico por espacio de cuatro meses aproximadamente y, dicho sin vanidad, creo que "Mundo Nuevo" representó un serio intento de hacer un vocero verdaderamente juvenil.

Sólo algunos meses trabajé como secretario de Carlos Contreras Labarca. Mis obligaciones en el Comité Central de las Juventudes Comunistas exigían más y más tiempo. Surgía, no obstante, un problema. La organización tenía apenas tres o cuatro funcionarios, a los cuales se les pagaba tarde, mal y nunca. No era posible agregar uno más. Ricardo Fonseca me consiguió un empleo en un negocio muy particular que tenía Nicolás Weinstein a medias con su contador, Carlos Robles. En casa de este último estaba su oficina principal, en la calle Raulí. Un grupo de 10 muchachos nos juntábamos allí todos los días a las 8 horas. A cada uno nos daban una maleta, tipo James Bond, pero mucho más grande, en cuyo interior había dos fotografías en colores, una a cada lado, dentro de marcos ovalados y con vidrios convexos. Cada cual debía recorrer casa por casa, de tal a tal parte, una calle predeterminada. Se nos exigía andar correctamente vestidos. Al tocar el timbre o golpear en una casa, debíamos dejar la maleta detrás de la puerta o de la mano de la mampara que siempre se mantiene cerrada. Se quería que la persona que salía a ver quien llamaba no recibiera la impresión de que éramos comerciantes que iban a venderle algo. Debíamos hablar conforme a un libreto de frases hechas y argumentos bien estudiados, que sólo admitían ligeros cambios de acuerdo con el giro de las conversaciones.

—Buenos días, señora. Ando, por encargo de una casa americana, visitando algunas familias.

Así empezaba el libreto. Las palabras subrayadas las pronunciábamos con especial énfasis.

Se trataba de lograr que la persona visitada encargara un trabajo como el que se mostraba en la maleta. Se ofrecía la posibilidad de tomar o reproducir y ampliar una fotografía. Por cada foto contratada se nos pagaba veinte pesos.

Me pasaron varios chascos en este trabajo, Un día, una señora muy buena moza, de más o menos 30 años, me recibió con mucha amabilidad. Me dejó desarrollar el argumento sin ninguna interrupción. No perdía palabra de las que yo pronunciaba exaltando la calidad de las fotos que le mostraba. Parecía una cliente segura. Cuando terminé mi discurso, me dijo con mucha calma y convicción:

—Le he escuchado atentamente. Pero a mí no me gusta para nada el trabajo que exhibe. No le encuentro ningún valor artístico.

Al cabo de un mes obtuve que la compañía me permitiera trabajar sólo en las mañanas. Así podía entregar todas las tardes a las tareas de las Juventudes Comunistas.

Ante la amenaza del fascismo y de la guerra surgió la idea de realizar un

Congreso Mundial de la Juventud, Tuvo el patrocinio de connotadas personalidades, como la señora Eleanor Roosevelt. El Congreso se efectuó en Estados Unidos, en el Vassar College de Nueva York. De Chile fueron Ricardo Fonseca, Volodia Teitelboim, Raúl Ampuero, Lautaro Ojeda, Fernando Alegría, Mario Rojas, Arturo Venegas, Gabriel Gutiérrez Ojeda, Oscar Hormazábal y el nicaragüense Alejandro Bermúdez, que trabajaba como traductor en las oficinas de Santiago de la Associated Press.

Mientras Fonseca permaneció fuera del país, lo reemplacé en la Secretaría General de la Juventud. Con tal motivo dejé el trabajo de las fotografías.

Se acercaba la elección de Presidente de la República. El país tenía que pronunciarse por Pedro Aguirre Cerda o por Gustavo Ross., por la izquierda o por la derecha. No había otra alternativa. La masacre del Seguro Obrero definió aún más las cosas y desvaneció por completo los sueños de quienes querían levantar la figura de Carlos Ibáñez como candidato popular. El país entero condenó ese horrendo crimen. El odio contra Alessandri no tuvo límites entre los militantes del Partido Nacional Socialista a cuyas filas pertenecían los muchachos víctimas de ese baño de sangre. Los nacional-socialistas patrocinaban la candidatura de Ibáñez y atacaban al imperialismo yanqui para captar simpatías populares y en virtud de sus contradicciones con el imperialismo alemán. Después de la masacre del Seguro Obrero se vieron obligados a declarar su apoyo al candidato del Frente Popular so pena de favorecer abiertamente al personero de la oligarquía y de Alessandri y de perder base social, Así se dio el caso singular de que un movimiento fascista tuvo que pronunciarse en favor del candidato antifascista. Este fue el comienzo del fin del Partido Nazi de González Von Marées.

El día anterior al de la elección presidencial fui a cortarme el pelo a una peluquería que estaba a la entrada de la calle Serrano.

- Votaré por don Pedro - me dijo el peluquero, Si no lo hiciera - añadió - me parece que traicionaría a mi Patria.

Tal vez era lo que sentía la mayoría de los chilenos. Es verdad que Aguirre Cerda triunfa por tres mil votos en una elección donde sufragaron poco más de 400 mil personas. Pero tales resultados sólo reflejaron muy pálidamente la voluntad del pueblo, pues el sistema electoral permitía las más groseras deformaciones de los verdaderos sentimientos ciudadanos. Abundaban las dobles inscripciones, votaban los muertos de la derecha, se robaban las urnas, se compraban y vendían votos. Y como la candidatura de Ross desconfiaba de los carneros, se organizaron para el 25 de octubre, día de la elección, las encerronas de elementos venales a fin de llevarlos a votar, mediante el sistema de acarreo, para asegurarse así que no iban a fallar. También hubo encerronas de obreros conscientes. Por ejemplo en el barrio cívico, que construía la firma Franke, fueron encerrados miles de obreros de construcción desde el sábado 24 hasta el 25 en la noche. Esos trabajadores no pudieron sufragar por Aguirre Cerda, como era su voluntad. En consecuencia, el Frente Popular representó muy lejos la mayoría del país.

Después de la victoria de don Pedro Aguirre Cerda entré a formar parte del personal de redacción del diario "Frente Popular". Lo dirigía Enrique Bello y tenía como jefe de crónica a Manuel Fuentes. Este había sido uno de los dirigentes de la insurrección de la marinería, en el año 31.

Entre los redactores y reporteros de este vespertino figuraban Carlos



Valenzuela Montenegro, Daniel Quiroga, Arturo Araníz, Atilio Molinari y el poeta peruano Luis Nieto. Yo empecé como redactor deportivo, pues el titular de la sección, Alfredo Burgos, debía hacer uso de vacaciones y no se hallaba quien lo reemplazara. Me tocó reportear algunos partidos de fútbol en el Estadio Nacional, que recién se había inaugurado, y un campeonato nacional de basquetbol femenino que se realizó en la cancha que existía en la primera cuadra de Arturo Prat.

Me encontraba en el diario la noche del terremoto de Chillán. Eran las 23 horas del día 29 de enero de 1939. Periodistas y gráficos salimos al patio. La tierra se movía como un barco a pesar de la distancia del epicentro. Al día siguiente estuve en Chillán, Raúl Rettig, Subsecretario del Interior, puso un avión para el traslado de los periodistas. Luego de reportear Chillán nos dirigimos a Concepción en un hidroavión que amaró en Talcahuano.

Como todos los profesores exonerados por motivos políticos, me reincorporé al Magisterio en el gobierno del Frente Popular. Me fui a Valdivia para trabajar en la Escuela Número 1. A los dos o tres meses de estar allí recibí del Comité Central del Partido la proposición de trasladarme de nuevo a Iquique, Yo, por supuesto, acepté, El Partido de Iquique había crecido mucho, tanto que en la Municipalidad tenía a 4 ó 5 de los nuevos regidores. El Alcalde, Luis Valenzuela, era comunista. Pero, la popularidad y el cargo lo habían mareado. Los humos se le habían subido a la cabeza. Corría con colores propios., sin tomar en cuenta al Partido y, para colmo, se había deslizado por la pendiente de una vida licenciosa. Algunos militantes, sobre todo de la juventud, giraban en torno a él. Tal situación era incompatible con la salud del Partido. En esas circunstancias, se planteó que me fuera a Iquique para ayudar al trabajo de dirección.

Mi actividad se desplegó en varios planos: en la juventud, en el magisterio y en el periodismo. Fui designado director del diario "El Despertar de los Trabajadores", que fundara Recabarren. En calidad de tal formé parte de El Centro Para el Progreso Regional, que también integró Radomiro Tomic. Este había reemplazado a Eduardo Frei en la dirección de "El Tarapacá".

Cuando el general Ariosto Herrera se levantó en armas contra don Pedro Aguirre Cerda, en agosto de 1939, Iquique se movilizó enérgicamente en defensa del gobierno del Frente Popular. Me correspondió hacerme cargo de la radio local, además de atender "El Despertar".

Estalló la Segunda Guerra Mundial. Había que realizar cierta labor de esclarecimiento de las causas y el carácter del conflicto bélico y de las responsabilidades de los gobernantes de Inglaterra y Francia que rechazaron las propuestas soviéticas, para establecer en Europa un sistema de seguridad colectiva contra la agresión. Participé en esa tarea. En la Sala América nombre que tenía el local del Partido, dicté una charla que luego editó la imprenta El Esfuerzo de Iquique, bajo el título "La URSS y la Segunda Guerra Mundial", El folleto que contenía esta charla se vendió a un peso. Este fue mi primer escrito de alguna extensión.

El Partido había comprado una casa para su Comité Central en Moneda esquina de Mac Iver. Era una inmensa casona de dos pisos, que ocupaba casi un

cuarto de cuadra. Costó poco más de ochocientos mil pesos. En el segundo piso se instalaron las oficinas del Comité Central y del Comité Regional de Santiago. Se reservó el primer piso para la imprenta y el diario "El Siglo" cuya aparición se anunciaba ya.

Fui llamado a formar parte de su planta de periodistas. Me vine, pues, de Iquique, retirándome voluntariamente del magisterio. En el norte ganaba mil doscientos pesos. Como periodista se me ofreció el sueldo vital que era de setecientos. Lo acepté gustoso. Estaba feliz de entregarme por entero a la causa que había abrazado. Como ya le había tomado el olor a la tinta me atraía el diarismo. Dejé las filas de las Juventudes comunistas para militar en el Partido.

Mientras se organizaba el nuevo diario, volví a trabajar en su antecesor, el vespertino Frente Popular, cuya dirección estaba ahora en manos de Eudocio Ravines. Este había llegado a Chile desde Europa para estar más cerca de su país, el Perú, de cuyo Partido Comunista era Secretario General. Los más emponzoñados enemigos del comunismo han presentado siempre a Ravines como el ideólogo y artífice del Frente Popular chileno, como el enviado de la Internacional Comunista para lograr aquí la unidad de los partidos de izquierda. En tal afirmación no hay un ápice de verdad. Cuando Ravines llegó a nuestro país, el Frente Popular ya estaba en formación.— El Partido Comunista venía aplicando desde mucho antes la política de Frente Popular, de acuerdo con la realidad nacional. Lo que hizo Ravines, fue tratar de desviar al Partido de una correcta orientación. Se empeñó en lograr su apoyo a Ibáñez como candidato presidencial, y en el diario Frente Popular no pudo dejar de traslucir su simpatía por la causa nazi. "Cayó París". Tal fue el titular que puso en el periódico cuando las tropas hitlerianas se tomaron la capital francesa. Hechos como éstos empezaron a llamar la atención del Partido. Este resolvió marginar a Ravines de toda ingerencia en su actividad y comunicar a los camaradas del Perú esta decisión y los antecedentes que la determinaron. Atando cabos, rememorando su actuación, releendo un folleto sobre periodismo que él escribió, de contenido claramente idealista, y después de conocer su libro "El Camino de Yenán", llegué hace tiempo a la conclusión de que este sirviente de la oligarquía peruana fue un simulador hasta que el Partido Comunista de Chile lo descubrió y reveló su verdadera fisonomía,

Yo era jefe de crónica de Frente Popular cuando en una página humorística se publicó un chiste que cayó muy mal en la dirección del Partido. En el chiste cuestionado aparecían Stalin e Hitler y otros personajes de actualidad mundial. Creo que eran Chamberlain y Daladier. Conversando entre ellos, Hitler asegura que ganará la guerra y el Premier inglés o francés, no recuerdo bien cual de los dos, le pregunta:

- ¿En qué se basa usted para hacer tal afirmación?

— Me lo ha dicho Dios — responde Hitler.

- No yo no he dicho nada- dice Stalin

A raíz de esto fui suspendido de mi trabajo y fui objeto de una amonestación. Sufrí mucho con esta medida. Aproveché el tiempo para escribir algo sobre la vida de O'Higgins. Fue una veintena de crónicas que ilustró Martini, un excelente dibujante del diario La Hora, que tenía sus oficinas a 20 metros de "El Siglo". Pensaba publicarlas como un pequeño libro de lecturas infantiles. Le llevé un ejemplar al Director General de Instrucción Primaria, Luis Galdámez. Pero no tuve

éxito. Con los años, esas crónicas se me fueron traspapelando hasta perderse por completo. Sólo una de ellas, la más larga, una representación escenográfica de las batallas de Chacabuco y Maipú, fue publicada en "El Siglo".

Esto revolucionó el ambiente periodístico. La chatura y la monotonía caracterizaban la prensa de esos años. Nuestro diario, en cambio, se caracterizó desde el primer día por su estilo ágil, dinámico, vivo y por poner en primer plano los problemas de los trabajadores. Fue el primer periódico que apareció con su título móvil, no siempre ubicado en una misma parte; que usó varios colores en sus titulares e ilustraciones y presentó sus columnas en anchos diferentes. Hizo de las encuestas y entrevistas un recurso cotidiano. Natalio Botana, dueño y Director de La Crítica de Buenos Aires, el mejor diario de habla española de ese tiempo, tuvo para él palabras elogiosas.

Fue, sin embargo, muy difícil la mantención del diario. El primer mes, la empresa perdió 36 mil pesos y 74 mil el segundo. La Dirección del Partido se alarmó. Hubo cambios en la gerencia y en la administración. En reemplazo de Salvador Barra, gerente, y de Luis Víctor Cruz, administrador, fueron designados Américo Zorrilla y Juan Estay, respectivamente.

Tales cambios fueron acompañados de una política rigurosa de economía y del despliegue de muchas iniciativas para promover la ayuda del pueblo. El cáñamo con que se amarraban los paquetes que se iban a provincias empezó a ser devuelto por los agentes del diario. En vez de gastar una carilla para cada título, escribíamos en una sola hoja los titulares de 6 o más informaciones. En cada ocasión que veíamos una luz encendida sin necesidad, procedíamos a apagarla. Se formaron brigadas para la venta dominical. Se crearon agencias y corresponsalías en muchas fábricas y barrios. Se constituyeron numerosos comités de amigos de "El Siglo". La tarea de la publicación del diario fue planteada abiertamente a los trabajadores y al pueblo y, con su ayuda concreta, se superó ese período difícil.

El primer director de ese diario fue Raúl Barra Silva. La subdirección estuvo en manos de Volodia Teitelboim y la jefatura de crónica la desempeñó Aníbal Pinto Santa Cruz. Joaquín Gutiérrez tuvo a su cargo la página de espectáculos; Alfredo Burgos y Mario Moraga, la de deportes; Juan Tejeda (Máximo Severo) y José Estefanía eran los archivadores; Andrés Hidalgo el fotógrafo; yo fui el encargado de la sección sindical.

Después fui reportero de Moneda, cronista en general, jefe de crónica, Subdirector y Director. Nunca "hice" política. Se abrió paso a mi promoción en una circunstancia muy especial. A fines de 1940 se realizó en Valparaíso y Aconcagua una elección extraordinaria para cubrir una vacante de senador. Esta adquirió gran importancia porque en marzo de 1941 habría elecciones generales de parlamentarios. El Frente Popular dio en las mencionadas provincias una batida ejemplar al cohecho, lo cual aseguró el triunfo de su candidato, el radical Aníbal Cruzat. La derecha puso el grito en el cielo, amenazando con abstenerse de participar en los comicios de marzo si se permitía que las "hordas comunistas" siguieran actuando contra la "libertad del elector". Desgraciadamente, el gobierno retrocedió. El Ministro del Interior, Arturo Olavarría, llegó a acuerdo con la oposición para modificar la Ley Electoral. Desde entonces el control de las elecciones quedó en manos de las Fuerzas Armadas. Estas, al menos al comienzo, hicieron la vista gorda ante el cohecho. Pues bien, el día que se realizó aquella elección extraordinaria, la de Valparaíso y Aconcagua, llegó mucha gente al diario a celebrar sus resultados. Varios políticos se quedaron hasta muy

tarde, comentando con el Director. Pasada la medianoche éste se dio cuenta que la página de redacción no estaba completa. Había espacio para un artículo. Me llamó para que lo sacara del apuro ya que las visitas seguían allí. Me encargó precisamente un comentario sobre las elecciones. Lo hice y creo que le gustó, porque desde entonces continuó pidiéndome que escribiera en esa sección.

Los diarios se cerraban muy tarde. A la una de la mañana o dos, entregábamos la última página. A provincias iban en avión muy pocos paquetes, sólo para el norte grande. Las carreteras eran pésimas y no se usaba el transporte en camión o camionetas. El ferrocarril era, virtualmente, el único medio a través del cual se cubrían las agencias provinciales. Los paquetes que iban a Concepción se enviaban por el ordinario que partía a las 9,40 de la mañana y llegaba a esa ciudad a eso de las 10 de la noche.

Nos acostábamos tarde y, muy temprano, debíamos estar de nuevo en el Diario, para la reunión cotidiana de todo el equipo, donde intercambiábamos ideas sobre los principales acontecimientos, hacíamos la crítica de la edición recién aparecida, programábamos la nueva y nos distribuíamos el trabajo. Este método fue puesto en práctica por Ricardo Fonseca cuando asumió la Dirección de "El Siglo".

Después de la Conferencia Panamericana celebrada en la capital de Cuba, a la cual asistió, en representación del gobierno chileno, el Ministro de Fomento Oscar Schnake, el Partido Socialista desahució el Frente Popular. Se abrió entonces, una grieta profunda entre comunistas y Socialistas. Las pugnas entre ambos partidos se agudizaron de más en más, llegando a convertirse por momentos en una cuasi guerra civil en el seno de la clase obrera. Debilitada tan seriamente la unidad de las fuerzas populares, la reacción pasó a la ofensiva y el gobierno cayó en una que otra actitud anticomunista.

La alcaldía de Santiago la desempeñaba en ese tiempo el entonces militante socialista Rafael Pacheco Sty. Este, haciendo mal uso de sus facultades, envió inspectores a la imprenta de "El Siglo", ordenando luego su clausura por incumplimiento de disposiciones relativas a la salubridad. Cumplidos, los cuatro o cinco días que duró la clausura, "El Siglo" reapareció con amplias notas gráficas sobre la insalubridad, ciertamente mayor, de la imprenta en donde se editaba el diario "La Crítica" del Partido Socialista, dirigido por Roberto Aldunate.

Ese fue un período penoso del movimiento obrero y de las relaciones socialistas—comunistas.

La noche del 21 al 22 de junio del año 1941, cuando llegó a Chile la noticia de la agresión de la Alemania Nazi a la Unión Soviética, me encontraba en el diario, junto a Ricardo Fonseca, que era su nuevo director. Todas las páginas estaban ya despachadas por la redacción. Rápidamente tuvimos que cambiar parte del material. Dimos la noticia, por supuesto, en la primera plana, con una gran foto de Stalin y titulares y comentarios que denotaban una ilimitada confianza en que el resultado final de la contienda sería la derrota del fascismo.

El ataque hitleriano a la Unión Soviética y la consiguiente entrada de ésta al conflicto bélico, le dieron a la guerra un contenido esencialmente nuevo. El triunfo de la Unión Soviética y los aliados abriría a los pueblos de todo el mundo, como los hechos posteriores lo demostraron, más amplias perspectivas de liberación social.

El Partido editó tres nuevos diarios, "El Popular" de Antofagasta, "El Siglo" de Coquimbo y "La Jornada" de Valdivia. Fui enviado por algún tiempo a trabajar en "El Popular". En sus páginas le dimos vasta cabida a los problemas de los obreros y a las informaciones de la guerra. Reproducíamos los cables de "El Siglo", enviados por "Supress" y muy especialmente los comentarios de Ilya Erenburg y de José Salado, que exaltaban el heroísmo de los soldados y el pueblo soviéticos. Trabajaba en el diario un muchacho boliviano, telegrafista, que captaba en una radio las noticias y crónicas de la guerra transmitidas por otras agencias cablegráficas para los diarios de la capital. He olvidado su nombre. Sólo recuerdo que lo llamábamos "nuestro pirata del aire".

Mi estada en Antofagasta me dio la posibilidad de conocer palmo a palmo la provincia de Antofagasta. Recorrí Chuqui, Tocopilla y todas las oficinas salitreras. Cecilia y Concepción eran las más desdichadas. La primera estaba al lado de Pampa Unión, pueblo que con el tiempo desapareció por completo igual que todas las oficinas que trabajaban según el antiguo sistema Schank. Concepción se llamaba también "La Piojillo". Allí alojé una noche, pero las vinchucas no me dejaron dormir. Apenas apagué la luz se dejaron caer sobre mi cama. Decidí, al final, dejarla encendida. Sin embargo, había tantas en el techo que, por seguir sus movimientos, no cerré los ojos en toda la noche.

Los salarios y las condiciones de vida y de trabajo eran mejores en María Elena y Pedro de Valdivia. Pero problemas muy serios afectaban a los trabajadores. La Anglo Chilena y la Lautaro Nitrate preferían contratar obreros solteros para ahorrar casas y gastar menos en las pulperías, donde varios artículos se vendían a precios inferiores al costo, por acuerdo con los sindicatos. Había, en consecuencia, muchos solteros, y también casados que se habían contratado como solteros porque de otra manera no les daban trabajo. Las compañías oficiaban virtualmente de cabronas, atendiendo a las prostitutas que llegaban a esas oficinas. Las controlaban desde el punto de vista sanitario para evitar entre sus obreros bajas por enfermedades. Con anterioridad no les permitían entrar María Elena y Pedro de Valdivia. Entonces, los solteros iban a echar su canita al aire a Pampa Unión o bajaban a Tocopilla o Antofagasta. Pero muchos de ellos contraían la gonorrea y faltaban al trabajo. Esto no les convenía a las compañías y, por ello, cambiaron de actitud.

Una situación similar existía en Chuquicamata. Aquí los obreros solteros vivían en unos pabellones que se llamaban buques. Las prostitutas que entraban a sus camarotes se llamaban las "marinas". La "marina" se cobijaba en la pieza de un trabajador. En la noche dormía con él sin cobrarle *un*. Centavo. Pero en el día, mientras ese trabajador cumplía sus obligaciones de tal, disponía de su habitación para atender a sus clientes de otros turnos de labor, haciéndose pagar bien.

Todo esto me llamó profundamente la atención. Vi con *mis* propios ojos que el amor y la familia tenían escasa entrada en las empresas imperialistas.

Me hallaba en Antofagasta cuando la embajada alemana en Santiago se querelló contra El Siglo por ofensa al jefe de un estado extranjero con el cual Chile mantenía relaciones. Yo estaba inscrito como su director responsable. Por eso fui detenido. Estuve alrededor de diez días en la cárcel de Antofagasta, mis compañeros más cercamos de prisión eran dos empleados de Correos y Telégrafos, procesados por desfalco. Cuando llegaba la noche, les aparecían los "monos", el recuerdo de sus familiares y les bajaba la moral. Fui trasladado a la capital para comparecer ante el

Juez. Una vez sobreseído me reincorporé a "El Siglo".

En aquellos años, bajo el gobierno de Juan Antonio Ríos, nuestra preocupación principal se concentraba en el conflicto bélico, de cuyo desenlace dependía la suerte de la humanidad. El diario era el más entusiasta animador de la campaña de solidaridad con la Unión Soviética y todo el campo antifascista. Se empleó a fondo para que el país rompiera relaciones con el Eje Berlín—Roma-Tokio. Esto se logró sólo al final de la contienda. La fuerte resistencia de la derecha retardó la aplicación de esta medida.

En una de sus constantes pasadas por el diario, un dirigente del Partido me habló de un caballo de carrera del Club Hípico que tenía el nombre de Zhukov.

- Fíjate - me dijo - hasta dónde llegan estos miserables.

Yo también me indigné y escribí de inmediato un breve comentario atacando la insolencia del dueño de ese animal, sin duda un fascista, que se permitía ponerle a una bestia el nombre del mariscal Zhukov.

El mismo día que apareció la publicación llegó a mi oficina un señor alto y de cierta edad para protestar por el "palo" que le había dado. Los papeles cambiaron. En vez de dar explicaciones él, tuve que dárselas yo. El visitante resultó ser un yugoeslavo, antifascista de corazón y, por añadidura, amigo de los comunistas. Su tarjeta de presentación fue ni más ni menos que un bono de ayuda financiera al Partido.

- Como yugoeslavo - me dijo - estoy por la liberación de mi patria, y Rusia es, para mí, la madre de todos los eslavos. Admiro a Zhukov y por eso le he puesto su nombre a mi caballo.

Este pequeño percance me sirvió para comprender la necesidad de conocer el mundo en que se mueven otras gentes y tomarlas como son y no como uno se las imagina o quiere que sean.

Por esos mismos días, el abogado Gerardo Ortúzar me pidió que sirviera de testigo en un juicio de nulidad de matrimonio. Contrariamente a lo que se cree, el divorcio existe en Chile, pero por causales muy justificadas y no produce disolución de vínculos. Sólo autoriza la separación de cuerpos, sin que los cónyuges puedan volver a casarse. Nadie recurre a este divorcio tan singular. Los pobres simplemente se apartan. Los que disponen de dinero para pagar abogado, receptor y otras costas, hacen uso de un resquicio legal, el de la nulidad matrimonial, si ambas partes convienen en ello. Se prueba con testigos que, en el momento de las nupcias, ninguno de los contrayentes tenía residencia en la circunscripción correspondiente a la del Oficial del Registro Civil que aparece solemnizando el acto. Con este subterfugio, el matrimonio queda mulo y las partes en situación de volver a desposarse. Tal es el verdadero divorcio a la chilena.

El juez me tomó el consabido juramento.

-¿Juráis o prometéis decir verdad acerca de lo que se os va a preguntar?

—Sí, prometo - fue mi respuesta.

Acto seguido le encargó al receptor que me tomara declaración.

El receptor tenía su pequeña mesa de trabajo a dos o tres metros del magistrado. Me pidió el carnet de identidad, copió mi nombre, me preguntó mi domicilio y mi estado civil y empezó a escribir una historia que al mismo tiempo iba relatando a viva voz. Sería largo e innecesario reproducirla. Trataba acerca de cómo y por qué yo podía atestiguar que ninguno de los cónyuges vivía dentro de la circunscripción del Registro Civil en que se efectuó el matrimonio. Yo, mudo, seguía con interés y desconcierto el cuento del receptor, Después de haber escrito varias páginas, se detuvo de repente y dijo:

-Ya basta de huevadas. Por favor, firme.

El ceremonioso juez permanecía sentado en su pupitre revisando el Código Civil. Más tarde dispondría otras diligencias, dictaría sentencia, ésta iría a la Corte en consulta, después de lo cual quedaría en cero el matrimonio que la ley define como "un contrato solemne por el cual un hombre y una mujer se unen actual e indisolublemente y por toda la vida."

En 1943, la Internacional Comunista se disolvió. Había cumplido con su tarea esencial, la de contribuir a la formación de Partidos Comunistas en numerosos países y encarnar el principio del internacionalismo proletario en la práctica cotidiana de esos partidos. En lo fundamental, las razones que motivaron su creación habían desaparecido y surgía, de otra parte, la necesidad de que cada partido, guiándose por una misma doctrina, actuase con audacia y espíritu creador en el enfoque y solución de su realidad nacional. De ahí el por qué la Internacional Comunista acordó disolverse. Me correspondió a mí explicar este acontecimiento en "El Siglo", en varios artículos que llenaron una página.

Cuando el resultado del conflicto bélico estaba ya a la vista y era natural y conveniente pensar en la post—guerra, el Secretario General del Partido Comunista de los Estados Unidos, Earl Browder, echó a circular por el mundo y especialmente en América Latina, toda una concepción idealista del futuro. Según él, habría un punto de fusión entre los intereses del capitalismo y el de los países dependientes. El desarrollo de estos últimos iría en favor de unos y de otros. De esta concepción absurda surgían inevitablemente otras conclusiones erróneas, contrarias a la lucha de clases y al combate de los pueblos oprimidos. El "Browderismo" influyó en los Partidos Comunistas del continente, algunos de los cuales incluso cambiaron su nombre y perdieron de vista su papel de vanguardia. El Partido Comunista de Chile fue uno de los menos afectados por esta desviación, aunque no dejó de hacerle mella Su política de unidad contra el fascismo, justa en general, se aplicó en forma tal que dio por resultado cierto debilitamiento en la lucha independiente del proletariado. Yo seguí muy de cerca este fenómeno y cerré filas entorno a aquellos compañeros que, como Ricardo Fonseca, Galo González, y Volodia Teitelboim, dieron la batalla contra estas desviaciones.

Tras la derrota de la Alemania hitlerista, la situación que sobrevino no tenía nada que ver con el panorama soñado por Browder. A la guerra caliente sucedió la guerra fría. En el este y centro de Europa surgieron las democracias populares, en medio de un agudo forcejeo entre fuerzas progresistas y fuerzas reaccionarias. En el occidente europeo el imperialismo norteamericano se empleó a fondo para salvar el régimen burgués. En Chile, las primeras manifestaciones de la guerra fría fueron la masacre de la Plaza Bulnes y el Gobierno del Tercer Frente. El anticomunismo tomó

cuerpo. Se formó la Acción Chilena Anticomunista (ACHA). El Siglo sufrió varias clausuras. Día y noche hacíamos guardia hasta en el techo del edificio, en prevención de posibles ataques. Surgió una fuerte pugna entre socialistas y comunistas, y la Confederación de Trabajadores de Chile (CTCH) fue dividida. Un vasto sector popular enfrentó con decisión esta arremetida reaccionaria y dio origen al gobierno de González Videla, del cual formó parte el Partido Comunista. Pero el Presidente de la República y la directiva del radicalismo cedieron a la presión imperialista. Y la traición fue consumada.

Durante varios años yo andaba de pensión en pensión. Mi amor de juventud había durado poco. Me enamoré de Lily y me casé con ella el 14 de diciembre de 1946.

Lily trabajaba en el diario, primero como ayudante de asistente social y luego como secretaria del director, que era yo.

Mucho se ha hablado y escrito del uso o abuso que de su cargo hacen los ejecutivos respecto de sus secretarias. En mi caso la situación se dio al revés. Lily se propuso conquistarme. Empezó cerrando por fuera, con llave, la puerta de mi oficina, para que nadie entrara a interrumpirme y terminó cerrándola por dentro, haciéndome más de una grata interrupción. Cuento esto en honor a la verdad y, especialmente en homenaje a Lily pues, no se por qué diablos, siempre he infundido un cierto temor reverencial y ella lo venció.

Yo había sido contrario al matrimonio. Estaba en un error. Ahora comprendo que una de las delicias de la vida la constituye el hogar, primero el de sus padres, después el propio. Pero ese error me salvó, afortunadamente, por lo menos de un matrimonio fracasado. En Lily hallé un tipo de mujer que no había conocido. Además de buena moza y simpática, encontré que su afiliación a la causa comunista le salía de adentro. Iquiqueña, hija de un cargador del puerto y de una cocinera, se había criado viendo flamear desde muy chica la bandera del Partido Treinta años junto a mi, en las duras y en las maduras, prueban que hice bien en dejarme querer por ella y responderle con mi cariño ilimitado



## V

Apenas contraí matrimonio, se vino mi madre a vivir a nuestra casa, acompañada de mi hermana Dalila. Yo estaba feliz de tenerla a mi lado. Pero esta felicidad no duró mucho. Comenzó la represión anticomunista y recibí la orden de "fondearme". Me fui a casa de Atilio Molinari, calle Arturo Prat catorce y tanto. Fuera de Ricardo Fonseca, sólo Carlos Droguett sabía de mi paradero, porque era muy amigo de Molinari e iba a charlar con nosotros casi todas las tardes. Después estuve en Quinta Normal, en tres casas de la Comuna de San Miguel y en una situada a los pies del San Cristóbal. Lily, mi madre y Dalila se fueron al sur con Luis Alberto, nuestro primer hijo, que sólo tenía algunos meses. Lily permaneció un tiempo en Cabrería, un campito que mis hermanos habían comprado al poniente de Angol, al lado de Maitenrehue.

Transcurrido sólo algunos meses del inicio de la ola represiva, el Círculo de Periodistas organizó un acto en el salón de conferencias de la Universidad de Chile, para entregarles a sus socios las insignias y el carnet que los acreditaban como tales. Todavía no se había fundado el Colegio de la Orden. Por acuerdo del Partido concurrí a dicho acto, rodeado de un grupo de periodistas y gráficos. En el momento de recibir mi carnet y mi insignia, gran parte de la asamblea estalló en aplausos, seguidos de gritos contra el Presidente de la República. Los policías trataron de detenerme, pero nosotros anduvimos más rápido. Otro grupo de compañeros me esperaba afuera, en un auto con el motor andando. Escapamos sin problemas.

"El siglo" continuaba saliendo, pero sometido a censura. Yo enviaba artículos al diario. Había adquirido cierta experiencia en el oficio de escribir en tales condiciones, ya que durante el gobierno de Duhalde, "El Siglo" fue sometido varias veces al control de censores. Entre éstos recuerdo al poeta Carlos Casasus y al dramaturgo Sergio Vodanovic. Redactaba, pues, mis comentarios de manera tal que pudieran pasar la censura. Pero no todos lo lograron. Algunos salieron a la luz pública, otros fueron rechazados por los censores, o mochados al extremo de hacerles perder su contenido. Llegó un momento en que no valía la pena seguir editando un diario, En esas circunstancias, su aparición cotidiana contribuía a dar la sensación, tanto en el país como en el extranjero, de que existía libertad de prensa. El Partido resolvió, entonces, suspender la publicación de "El Siglo".

En ese mismo período escribía para "El Zancudo", un periódico mordaz y satírico que editábamos clandestinamente a mimeógrafo. Luego el Partido montó una imprenta ilegal, en una Casa de San Miguel. Publicamos "La Verdad", con más páginas y bien impresa. Yo dirigía este periódico. Desgraciadamente, la imprenta cayó en manos de la policía algunos meses después de entrar en funciones y tuvimos que recurrir de nuevo al mimeógrafo. Comités Regionales, Comités Locales y algunas células editaban sus propios periódicos e imprimían proclamas, también a roneo.

Gran parte del tiempo lo dedicaba a leer. Además, escribí un libro, un reportaje político que abarcaba varios años de la lucha del pueblo chileno. Provisoriamente lo había titulado "Ya llegará nuestro día". Domingo Piga, en cuya casa estaba "fondeado", me propuso guardarlo en su oficina del Teatro Experimental de la Universidad de Chile, donde él trabajaba. Acepté su sugerencia. Era indudable que ahí

estaba a buen recaudo. Pero una noche, de regreso a casa, Piga me dio la desagradable noticia. El libro había desaparecido. Un empleado de servicio de la Universidad lo encontró y se lo llevó al rector, Juvenal Hernández. Este ordenó quemarlo. No tenía copia del reportaje y se perdió para siempre.

Se me encargó encabezar la comisión de propaganda, formando equipo con Carlos Rosales, Eugenio Vallejos y el doctor Hernán Sanhueza, en cuyo destartado auto me moví muchas veces.

Era la época más dura de la represión. En Pisagua había alrededor de dos mil relegados. Otros tantos en distintos puntos del país, millares de trabajadores eran expulsados de las industrias por sus antecedentes revolucionarios y los golpes de la dictadura habían desarticulado en gran medida al Partido. Compañeros que en el periodo de flujo del movimiento popular se habían caracterizado por su entusiasmo, perdían la fe frente a los éxitos transitorios del enemigo, caían en el desánimo y algunos de ellos, hasta criticaban a troche y moche la política y la actividad del Partido. En suma la represión se hallaba en todo su apogeo y la iniciativa estaba en manos del enemigo.

De aquellos días data una expresión de Carlos Rosales que llegó a adquirir fama. Si alguien le preguntaba cómo iban las cosas, decía con prontitud refiriéndose al gobierno:

—Lo tenemos en el suelo.

El optimismo sin límite y sin base no es precisamente constructivo. Generalmente va acompañado de pasividad y seguido de estados de ánimo depresivos. Pero esto no se daba en el caso de Rosales, siempre activo y entusiasta.

En la Comisión de Propaganda nos preocupamos de algo que sería una constante en la línea del Partido: aprovechar cualquier resquicio de legalidad para dar su palabra y crear, al mismo tiempo, la más extensa red que fuese posible de publicaciones clandestinas. Ya sin "El Siglo", el primer paso que dimos en materia de periódicos legales fue editar "La Oposición". La oficina de redacción la instalamos en casa del Dr. Sanhueza, en Nataniel al llegar a la Plaza Almagro, Director legal de este periódico fue Jaime Faivovich, que recién egresaba de la Escuela de Derecho. Después de "La Oposición", publicamos legalmente "El Pueblo", y más adelante "Democracia" que alcanzó a salir diariamente y tuvo como director a un ex-obrero del carbón, el periodista Francisco Javier Neira. En cuanto a promover publicaciones clandestinas se destacó Eugenio Vallejos, que era el encargado de propaganda del Comité Regional de Santiago.

Ricardo Fonseca me llamaba a menudo. Durante varios años había trabajado con él, primero en la Juventud y luego en "El Siglo". Me tenía al corriente de los asuntos políticos y me hacía frecuentes sugerencias sobre propaganda. También pedía mi colaboración para redactar documentos del Partido. Trabajé junto a él en varios discursos que pronunció en la Cámara, particularmente en aquél que denunció el carácter arbitrario y liberticida de la Ley de Defensa de la Democracia.

Pasado el primer tiempo, el de los golpes más fuertes de la dictadura, resolvimos con Lily, por cierto de acuerdo con el Partido, rehacer nuestro hogar. Arrendamos casa en la Población San Ramón de La Cisterna y después en El Salto, en Conchalí. Yo aparecía con el nombre de Luis Correa. No era una persona conocida.

Rara vez salí fotografiado en "El Siglo". Esto me permitió cierta movilidad.

Además de cumplir con las tareas del Partido, tenía que darme tiempo para allegar algunos pesos a fin de mantener el hogar. En la Población San Ramón crié pollos y conejos, con muy pobres resultados económicos, sobre todo porque una parte de las aves me las robaron una noche. En "El Salto" puse un pequeño negocio de leña, carbón, legumbres y verduras. También fabriqué cierta cantidad de jabón. Me surtía de verduras en las parcelas cercanas de Conchalí, pero no tenían mucha venta. Varias veces, con Lily, tuvimos que salir con canastas a la calle para venderlas a precios inferiores al costo. Era preferible esto antes que dejarla pudrirse y perderlo todo.

La muerte de Fonseca fue un golpe muy grande y muy duro para el Partido y para mí personalmente. No pude ir a sus funerales. Fue Lily, en cambio, a pesar de encontrarse en avanzado estado de embarazo. Estaba por nacer nuestra hija Lily Angelina. El entierro se efectuó un sábado en la tarde. No menos de 15 mil comunistas formaron en el cortejo. Por primera vez desde la traición de González Videla, reaparecía el Partido en las calles de Santiago, con sus banderas en alto. Pocos días antes se había librado en la capital una victoriosa y combativa lucha de masas contra el alza de las tarifas de la movilización colectiva. Ambos hechos demostraron que la dictadura había perdido fuerza y se debilitaba, en tanto que los trabajadores y el pueblo adquirían más y más confianza en sí mismos.

Vivía en la calle Venezuela de El Salto cuando fui detenido por Investigaciones, el 4 de enero de 1950. Arrendaba una casa de Galvarino Rivera, Presidente de la Cámara de Comercio Minorista y, luego, diputado por el Segundo distrito, durante el gobierno de Ibáñez. Una hermana de Lily, Elsa, con su marido y sus hijos, se fue a vivir con nosotros. Esta era una sociedad de mutua conveniencia en vista de las dificultades financieras de ambos matrimonios. Antes de irse a nuestra casa, Elsa vivía en Santos Dumont, en la falda del Cerro San Cristóbal. Su marido tenía también allí su taller de mueblista. Cuando se trasladaron a El Salto se les quedó, perdido entre las virutas, un paquete con documentos que el Partido les había encargado guardar. El dueño de la propiedad los encontró y los puso en manos de la policía. Esta averiguó quién había arrendado la casa y a dónde se había ido. Así, buscando a mi cuñado Investigaciones dio con mi paradero.

Mi detención se produjo de madrugada. Ese día, muy temprano, fui encerrado en un calabozo del cuartel de General Mackenna. Era una celda de 2 por 3 metros, con una ventanilla de reja tupida por la cual entraba un poco de luz. Tenía una taza de W.C. y una tarima de madera sobre el piso de cemento, para acostarse sobre ella. En las paredes había varias inscripciones de delincuentes comunes.

- Aquí estoy por vaca -, decía una.
- Estoy pagando un pato ajeno — se leía en otra.

Menudeaban las invocaciones a Dios y los juramentos de inocencia.

En la noche me sacaron hacia uno de los pisos superiores del edificio. Allí me "interrogaron" durante varias horas. Tres policías, uno de ellos Douglas Saavedra, me golpearon duramente. A ratos perdí el conocimiento. Me recobraba y volvían a su faena. Me dañaron un oído. Cuando se cansaron de pegarme o se convencieron que no me arrancarían declaraciones comprometedoras para nadie, me devolvieron al calabozo. Me tendí sobre la tarima, sin nada con que taparme. Serían las 2 ó 3 de la

mañana. Felizmente era verano y no sentí frío. Fatigado por los golpes y, en el fondo, contento de haber pasado con éxito la prueba a que había sido sometido, me dormí profundamente. Al caer la noche del día siguiente fui llamado nuevamente. Pensé que el "interrogatorio" sería reanudado. Sin embargo, ello no ocurrió. Se me hizo entrar a una oficina, que era la del Comisario Forch. En ella estaba una delegación del Círculo de Periodistas. La formaban Juan Emilio Pacull, Andrés Hidalgo y Mario Sáez. Me sorprendí gratamente al verlos. Yo noté inmediatamente que ellos, por su parte, se impresionaron al ver el estado en que me habían dejado con los golpes. Tenía morada gran parte de la cara. Además, desde hacía cerca de 40 horas no había ingerido ni siquiera un vaso de agua. Lily me había llevado comida y un par de frazadas, pero sólo me las entregaron después que se fue la delegación del Círculo.

Tuve la impresión que el Comisario Forch ignoraba el estado en que me hallaba, pues, de conocerlo creo que al menos habría diferido la entrevista, Medio turbado se apresuró a decir que generalmente los presos se golpean en los calabozos para culpar de ello a la policía y lograr siquiera un traslado a la enfermería.

- Pero mi caso no es ese - le dije en tono categórico, y relaté brevemente las torturas de que fui objeto.

No continuaron flagelándome y me trasladaron al Gimnasio de Investigaciones. Allí permanecí como 15 días, junto a Juan Vargas Puebla y Eduardo Seijo. Vargas Puebla se recordaba con frecuencia que había trabajado como estucador en la construcción del edificio. Seijo, nacido en Chile, pero criado en Argentina desde su más tierna infancia, había sido el dirigente peronista más destacado de los mueblistas de Buenos Aires. Desilusionado del peronismo, se hallaba políticamente cerca de los comunistas. Por esto, el gobierno lo había expulsado hacia su país de nacimiento.

Fui relegado a Pitrufrquén donde encontré otros tres confinados. Un obrero del Teniente, un empleado del Laboratorio Petrizio y un comerciante de la Décima Comuna. Teníamos el pueblo por cárcel, debiendo presentarnos todas las tardes a Carabineros. Dormíamos en una pieza del Estadio Municipal, que nos cedió el Alcalde, Luis Muñoz Monje, posteriormente Director de Investigaciones, en el gobierno de Ibáñez. Nuestros colchones eran de paja de trigo, plumas de canario como dicen los campesinos. Para sufragar nuestros gastos de alimentación trabajamos en dos construcciones.

En una de ellas nos tocó hacer un pozo séptico. La faena de extraer del hoyo tierra, ripio y bolones era bastante agotadora. Nos cansábamos como perros, lo cual tenía la ventaja de hacernos dormir toda la noche sin sentir las picadas de las pulgas que había por centenares en la habitación del Estadio.

La dictadura ya se había desgastado, tras dos años y tanto de gobernar el país a fuerza de estados de sitio y leyes de facultades extraordinarias. Un movimiento reivindicativo de empleados, que tuvo lugar al terminar el verano, reunió en torno suyo a la mayoría del pueblo y obtuvo, entre otros logros, la liberación de los prisioneros de Pisagua y de todos los relegados. Salí, pues, en libertad pasados dos o tres meses de haber sido enviado a Pitrufrquén. De regreso a Santiago pasé a ver a mi madre que se hallaba en el predio de Cabrería. Para evitarle un sufrimiento mis hermanos le habían ocultado la noticia de mi relegación.

Lily, con Luis Alberto y Lily Angelina, los dos hijos mayores, se había

arranchado en casa de su hermana Manuela. Al volver yo a Santiago, decidimos arrendar un par de piezas. En su búsqueda anduvimos de la ceca a la meca toda una semana.

—¿Uds. son solos o tienen hijos?- nos preguntaban donde íbamos.

—Tenemos dos pequeños — respondíamos.

-¡Ah, que lástima! A mí me gustan mucho los niños — nos dijo una señora — pero ya ve, tengo estas plantitas y los chicos las hacen tira.

-Lo siento - nos dijo otra - pero mi marido trabaja de noche y necesita tranquilidad para dormir en el día.

-No puedo arrendarles - expresó una tercera - Uds ven, el patio es tan pequeño y no hay dónde tender la ropa.

Me encontré con el periodista Franklin Quevedo, Me dijo:

-¿Y por qué no te construyes una media agua?

—Porque no tengo sitio

-Pues yo te consigo uno.

Dicho y hecho. Franklin Quevedo me consiguió un sitio prestado. Pertenece a Luis Miranda Larrahona, funcionario de la Sección Madre y Niño del Servicio Médico Nacional de Empleados. El personal de este servicio había comprado sitios en un loteo en La Cisterna. Miranda tenía uno. Por aquí y por allá conseguí algunos materiales. El tesorero del Comité Central, me dio unas puertas y ventanas que se hallaban en la casa de la calle Lira que había pertenecido a don Tancredo Pinochet y que el Partido había adquirido para instalar la imprenta de "El Siglo". Alguna vez éste volvería a salir y, con tal perspectiva se habilitaba ese local. Por tal razón, allí había algunos materiales de baja. Otro compañero me regaló las tejas.

Pagué algunos pesos al maestro que me construyó la ranca. Esta era de dos aguas, tenía sólo dos piezas y panderetas de adobes amarrados con alambres a los pies derechos, sin cielo raso y con piso de tierra. Carecía de luz eléctrica, alumbrándonos con velas o una lámpara a parafina que mis suegros habían traído desde Iquique. Tampoco tenía agua potable. La íbamos a buscar al pilón de la esquina. La casa estaba situada dos cuadras al poniente de Gran Avenida, entrando por 18 de septiembre, paradero 28 y medio.

Con la ayuda de mi suegro, pues los padres de Lily se fueron a vivir con nosotros, hice un pozo negro, una cocina, cerqué el sitio con estacas y alambre de púa, lo planté con árboles frutales y sembré papas, porotos y verduras. Ya en la primavera, la casita, blanqueada a la cal, y el huerto, se veían muy hermosos. Estábamos tranquilos y felices. Pero un domingo llegó un señor a ponernos, de vuelta y media.

¿Quién los autorizó para instalarse en este sitio? — nos preguntó airado.

- Su dueño - le respondí.

—El dueño soy yo - me dijo

- No, Sr. es Luis Miranda Larrahona.

- Le digo que no. El sitio de Miranda es otro.

Aclaradas las cosas, resultó que Miranda se había equivocado. Hicimos lo posible por llegar a un acuerdo con el verdadero propietario del sitio que ocupábamos. Le propusimos cambiarlo o que nos pagara la mejora. No hubo arreglo en nada. No tuvimos más remedio que deshacer nuestra rancho y construir de nuevo en el sitio que correspondía.

La nueva casa la hicimos de 4 piezas y con mejores materiales, pero tardamos varios años en dejarla *más* o menos habitable. El primer invierno que pasamos en ella, sólo dos piezas tenían techo y le faltaban todavía varias puertas y ventanas. Yo había dispuesto que una pieza tuviera cuatro puertas., otra dos y tres las restantes. Además, casi todas llevaban ventanas.

—No te parece que son muchas las puertas? — le preguntó Lily al arquitecto Raúl Barrenechea un día que éste fue a vernos.

-Está bien - le dijo.

Yo me sentí victorioso en esta disputa con mi esposa. Lily quedó convencida que el arquitecto amigo había ocultado su verdadera opinión ante mi por un respeto mal entendido. Días después al encontrarse con Barrenechea en el centro volvió sobre el tema. Entonces le declaró que efectivamente había un exceso de puertas.

-¿Y por qué no se lo dijiste a Lucho?

-¡Cómo se te curre! ¿Para que iba a molestarlo?

Inflada, triunfante, Lily llegó a la casa a contarme este encuentro. Con el tiempo tapiamos algunas puertas.

No hacía todavía un año de la muerte de Fonseca, cuando el Secretario de Organización del Comité Central, Luis Reinoso, fue expulsado por organizar una fracción y promover una política aventurerista. Consistía en la llamada acción directa. En razón de ésta se alcanzaron a formar algunos grupos de choque que asaltaron panaderías y repartieron gratuitamente el pan entre los vecinos. También le buscaron la camorra a la policía por quitarme estas pajas, una vez en la Avenida Matta y otra en la Plaza de Armas. Tal política frenaba la lucha de masas y la sustituía por la de grupos pequeños, aislaba al Partido, obstaculizaba la ruptura de la ilegalidad y favorecía la represión, acrecentando torpemente el número de los que caían en las redadas policiales.

Reinoso se las había ingeniado para enviar a uno de sus hombres, Benjamín Cares, al Congreso Mundial de la Paz, que se celebró en Varsovia, Con él

envió un documento dirigido a varios Partidos Comunistas, en el que atacaba la línea y la dirección del Partido. Neruda se hallaba en ese Congreso. Conoció el documento, no precisamente por Cares. Se dio cuenta de inmediato que se trataba de una conspiración contra el Partido y se lo hizo llegar a Galo González, que había reemplazado a Ricardo Fonseca en la Secretaría General. La prueba de la felonía levantó la indignación de los militantes contra el grupo divisionista que se redujo a unos cuantos pelagatos y, tras de ser expulsados, se extinguió con el tiempo.

Después de ser aventada la fracción de Reinoso, un miembro de la Dirección del Partido me dijo que nuestra preocupación fundamental debía ser la de luchar, pero sin que ello acarrearra nuevas víctimas. Le expresé mi desacuerdo con sus puntos de vista y luego hablé con Galo González. Este comprendió que tal posición era incorrecta, pues también conspiraba en contra del desarrollo del movimiento masas y la lucha por la legalidad del Partido. Se debía, claro está, cuidar a los militantes, no lanzarlos a las patas de los caballos, enseñarles a combatir en las condiciones más difíciles y ser inflexibles en la aplicación rigurosa de las normas del trabajo clandestino. Pero no hay luchas sin sacrificios, sin cierta cuota de combatientes que caen bajo los embates del enemigo.

Con Galo González me veía dos veces a la semana. Juntos trabajábamos en informes y artículos. Editamos ilegalmente la revista del Comité Central, "Principios". El me encargó escribir la biografía de Ricardo Fonseca.

Una verdadera proeza fue, en la ilegalidad, la edición del "Canto General" de Pablo Neruda. Américo Zorrilla montó un excelente aparato para mover de una a otra parte al personal especializado y el material necesario. Mucha gente colaboró en esta empresa. Los pliegos se doblaron en casa de un cura que tenía una pequeña parcela en Conchalí. Una vez terminado el libro, la edición se distribuyó en diferentes casas y se organizó su venta. La mayor parte se guardó en un fundo de la cordillera de Santiago, que consiguió Víctor Bianchi. Este trabajaba en la Sección Bienes Nacionales del Ministerio de Tierras y había participado eficazmente en la salida clandestina de Neruda hacia territorio argentino, por el Sur de Chile. Yo conocía a Bianchi, porque en un tiempo colaboró en "El Siglo" con caricaturas. Fui encargado de hablar con él, precisamente para guardar "Canto General". También me correspondió ser corrector de pruebas del libro. Parte de este trabajo lo hicimos en un departamento, frente al Santa Lucía y al lado de una Comisaría de Carabineros. Viajé, además, hacia Puerto Montt, organizando la venta del libro. Pablo, tan sensible como era a las cosas del Partido, quería esta edición de su obra por sobre todas las otras que se habían hecho en muchos otros países, a pesar de que algunas de ellas son muy hermosas desde el punto de vista gráfico.

A comienzos del año 52, empezó a pasar a primer plano la elección presidencial para suceder a González Videla. Se establecieron vínculos con el Partido Socialista Popular para llevar un candidato común. Pero éste, dirigido por Ampuero, proclamó la candidatura de Ibáñez y no continuaron las conversaciones. Un sector encabezado por Salvador Allende no aceptó a Ibáñez, y se *pasó* al Partido Socialista de Chile. Juntos postulamos la candidatura de Allende. Este obtuvo poco más de 50 mil votos. Como no tenía chance alguna, las fuerzas se polarizaron entre Arturo Matte y Carlos Ibáñez, que resultó vencedor por amplia mayoría. Pero esa candidatura de Salvador Allende dejó establecida una posición de principios que se transformó, con el

correr de los años, en una alternativa verdaderamente revolucionaria y de masas.

Por esos días me encontré una vez más con Joaquín Martínez Arenas, quien dijo que Ibáñez era un caballo sin jinete y que el Partido Socialista Popular lo cabalgaría y llevaría las riendas. Los hechos demostraron que ésta era una opinión equivocada.

Antes de la asunción de Ibáñez reanudamos la publicación de "El Siglo", bajo la dirección de Orlando Millas. Se me pidió escribir el editorial del primer número de su segunda época. Lo hice bajo mi firma y le puse de título "Como decíamos ayer...", las palabras con que Fray Luis de León reinició sus clases en la Universidad de Salamanca después de estar alejado de ella por cumplir una prisión de varios años. Tanto Lily como yo volvimos a formar parte del personal del diario, pero mi responsabilidad principal era y siguió siendo la de encargado del trabajo de propaganda del Partido.

Con la candidatura de Allende había surgido el Frente del Pueblo, integrado por el Partido Comunista. El Partido Socialista de Chile, el Partido Democrático y el Partido del Trabajo. Además, se había restablecido la unidad sindical con la creación de la Central Única de Trabajadores. La situación le permitió al Partido actuar semi-legalmente durante algunos años. Más aún, su palabra empezó a expresarse en algunos órganos de prensa. Yo aproveché mis relaciones con los periodistas para entregar informaciones sobre la opinión del Partido respecto de materias que iban constituyendo la actualidad política. Recuerdo muy bien que en la revista *Vea*, por ejemplo, se publicó una entrevista a Galo González. La hice yo mismo y la pasé a Genaro Medina. Era un golpe periodístico y éste la acogió gustoso.

En la primera mitad del año 55, el gobierno de Ibáñez arremetió contra el movimiento obrero y el Partido. En una de las incursiones de la policía, tuve que fondearme. Mi casa fue allanada. Los "tiras" se llevaron todos mis libros. Poco después, en el mes de junio, viajé por primera vez a la Unión Soviética, con documentación falsa, porque el Ministerio del Interior en manos de Carlos Montero Schmidt, había dado instrucciones al Gabinete de Identificación para que se negara pasaporte a los miembros del Partido y a otros sectores de izquierda. Salí hacia Argentina con carnet falso. Mi foto, con el número de otro carnet, me la tomó Antonio Quintana, que arrendaba un departamento en la calle Obispo Orrego, cerca de la Plaza Italia. De Santiago partí hacia Puerto Varas, donde me alojé en el Hotel de Turismo. Al día siguiente tomé un bus hacia Petrohué. Desde allí crucé en lancha al Lago Todos los Santos para dormir en Peulla. Aquí está la aduana chilena y el control policial. Los pasé sin dificultad. En otro bus más pequeño y con un implemento adecuado para abrirse camino en la nieve, crucé la cordillera hasta llegar a Laguna Frías, el primer puesto fronterizo argentino. Allí estaba, al mediodía, cuando por radio se escuchó la noticia de un golpe militar contra Perón. Este tambaleó, pero no cayó. Su caída ocurriría meses más tarde. Desde Laguna Frías seguí hacia Bariloche, primero por tierra y luego en un barquito, a través de Nahuelhuapi. Cuando en la tarde del día siguiente fui a la estación para tomar el tren nocturno a Buenos Aires, el boleterero me dijo que las camas se habían agotado. Entonces recurrí a un santo y seña que Galo González me había dado.

-Vengo viajando desde hace tres días- le dije - y mucho le agradecería de avisarme si alguien desiste de viajar y queda vacante alguna cama.

Tal era la frase clave. El tipo me guiñó el ojo. Esperé unos minutos y



luego me hizo un gesto para que me acercara a la ventanilla. Pagué la cama y le di, adicionalmente, cincuenta nacionales. El tren en que viajé partió con las luces apagadas. Había inquietud entre los pasajeros, pero no ocurrió nada en el trayecto. Bahía Blanca dormía cuando la pasamos.

Alrededor de un mes estuve en Buenos Aires, esperando el pasaporte argentino que me fabricaron los compañeros del Partido hermano. De allí viajé en avión hasta Sao Paulo y de esta ciudad en tren hasta Río de Janeiro haciendo uso todavía de mi carnet de chileno. Recién en la capital carioca, debía recurrir al pasaporte argentino. Este tenía una falla. En él no aparecía el timbre de entrada al Brasil. El empleado de Panair do Brasil se extrañó mucho.

-¿Cuándo llegó y por qué vía?

-Hace tres días - le dije. Crucé la frontera por Uruguayana.

Telefoneé a la policía marítima y tuve que presentarme ante ella.

Insistí en que había entrado por Uruguayana (puerto fluvial en la frontera argentino-brasileña), sostuve que no era de mi responsabilidad que allí *no* se timbrara el pasaporte, que venía mucha gente al Congreso Eucarístico que en esos días se celebraba en Río, que talvez por el exceso de viajeros el empleado de la aduana olvidó timbrarlo y que, en fin, en el hotel donde me hospedaba debía desocupar la habitación porque todo el establecimiento estaba reservado precisamente para los concurrentes a dicho congreso.

Por fortuna, con este motivo, las aduanas y policías se hallaban muy ocupados, de modo que el tipo que me atendió no demostró mayor interés en mi caso y autorizó el viaje.

Pisar la tierra soviética, escenario de la primera revolución socialista triunfante, y donde el fascismo sufrió las más aplastantes y decisivas derrotas, fue para mí una alegría infinita, la realización de un sueño. Estuve alrededor de tres meses en la URSS, visitando museos, fábricas, sovjoses y koljoses, abriendo tamaños ojos ante lo que veía construir para beneficio de todos. El idioma es una barrera. Pero con solo ver se comprenden muchas cosas. Ví, por ejemplo, a muchachas campesinas leyendo voluminosos libros y a obreros jugando ajedrez en los parques. Esto era de por si novedoso y decidior al mismo tiempo.

Casi un mes permanecí en Pushkin, en un sanatorio de descanso, situado a unos 20 kilómetros de Moscú. Haba allí haciendo uso de sus vacaciones, un grupo de soviéticos, varios italianos, un albanés, compañeros y compañeras de distintos países. La camaradería no reconocía diferencias de lenguas ni de nacionalidades. Uno de los recuerdos más gratos de mi vida, fue la despedida que me dieron al salir de Pushkin. Todos formaron rondas a mi alrededor, cantaron, bailaron y me colmaron de flores.

Un día llegó Galo González a Moscú para tratarse de una dolencia. Luego llegó Oscar Astudillo para operarse del estómago y más tarde Elías Laferte, acompañado de Américo Zorrilla, Arnedo Álvarez y su compañera. A través de ellos tuve noticias del país y de mi casa. Con Zorrilla, Arnedo Álvarez y su compañera visitamos Stalingrado y viajamos por el Volga y por el canal Volga-Don para llegar a

Rostov y luego a Sochi, el hermoso balneario del mar Negro.

A cargo del grupo chileno se hallaba Vasili Ermolaev, historiador, de salud frágil porque en la guerra perdió un pulmón a raíz de haber quedado varios días herido sobre la nieve. Cuatro de sus hermanos murieron en la defensa de Leningrado. Hablaba poco el español. "Vamos esta noche al cerco", me dijo una tarde. Me costó comprender que me invitaba al circo. Sin embargo le gustaba conversar. Preguntaba a cada rato por episodios y personajes históricos de Chile. Galo González y yo visitamos con él la Galería Tretiakov. La guía nos fue pasando de una sala a otra mostrándonos una por una las obras de arte. Cuando empezamos a ver la pintura posterior a la Revolución de Octubre, seguía hablando por minutos ante cada cuadro, mientras Ermolaev traducía cada vez menos. Entre ambos discutieron. Era claro que a ella, como a nosotros, lo extrañaba el laconismo del intérprete. Volvieron a discutir en tono acalorado y, de repente, Ermolaev nos dijo:

-Perdonen, compañeros. Tenemos buenos pintores soviéticos. Pero la verdad es que ninguno de ellos ha alcanzado la altura de los anteriores a la revolución. Yo no puedo traducir todos los ditirambos de la guía y por eso hemos discutido.

Otro día nos llevó al Bolshoi Teatre para ver a Gallina Ulanova en Giselle.

-Es leningradense, nos decía. Somos coetáneos y coterráneos. Yo la vi surgir como artista. Cuando era estudiante tenía su fotografía en mi pieza. Me gustaba mucho. Pero nunca me dio ni siquiera una mirada.

En seguida nos contó que para costear sus estudios trabajó en la promoción de espectáculos en Leningrado. Invitaba a los escritores y periodistas, a las exhibiciones privadas para que luego comentaran las obras en la prensa y los círculos literarios. Pero un día, por andar tras una muchacha, no hizo las invitaciones. Reemplazó a los escritores y periodistas por sus compañeros de curso. Lo pillaron y lo echaron.

La propaganda enemiga ha distorsionado ante ciertos ojos la verdadera imagen de los soviéticos. A despecho de esa propaganda, puedo afirmar que son hombres de carne y hueso, duros y sensibles al mismo tiempo, hospitalarios y generosos y con gran espíritu crítico. Ermolaev es uno de ellos.

Al retornar de la Unión Soviética me quedé en Montevideo alrededor de 20 días, esperando instrucciones de Chile para saber por qué ruta y de qué modo ingresaría al territorio patrio. En Colonia tomé un barco hasta Buenos Aires y de allí viajé en el trasandino. Llegué a mi casa de La Cisterna, de noche, intempestivamente. Encontré una nueva hija, Viviana Cristina, que había nacido en mi ausencia. Otro tanto ocurriría años después con mi hija María Victoria.

En los primeros días de 1956, la Central Única de Trabajadores llamó a un paro general en demanda de mejores salarios. El gobierno de Ibáñez se lanzó en picada en contra de la Central y detuvo a su directiva. Reabrió el campo de Concentración de Pisagua. Allí fui a parar, junto con Volodia Teitelboim, Américo Zorrilla, Juan Chacón Corona, Justo Zamora, Manuel Gallardo, Jorge Montes y otros compañeros. Entre los relegados se hallaban el dirigente socialista Oscar Weiss y los periodistas José Gómez López, Fernando Murillo Rafael Otero.

El Círculo de periodistas se movilizó de inmediato y antes de un mes salí en libertad, junto a los otros tres reporteros. Al llegar a la capital, el Partido me comunicó que de nuevo debía viajar a Moscú para asistir, en su representación, al XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética. Este viaje lo hice con la documentación en regla. A requerimiento de la Cámara de Diputados, el gobierno había decidido dar curso a los pasaportes retenidos, entre los cuales estaba el mío.

Tuve, pues, la oportunidad y el honor de asistir a ese histórico Congreso, en el cual se denunció el culto a la personalidad y se bajó de su pedestal a la figura de Stalin. El hecho conmocionó al mundo entero y especialmente a los partidos comunistas que se habían educado en la veneración de aquel hombre. La "desestalinización" del Partido Comunista de Chile ocurrió sin problemas, pero no sin dolores individuales. Cual más, cual menos de nosotros habíamos leído sus obras y lo mirábamos y admirábamos como representante del Partido que había abierto a la humanidad la era del socialismo y del pueblo que había aplastado al fascismo. No teníamos idea de sus crasos errores o los tomábamos como invención del enemigo. Un obrero comunista de Valparaíso le escribió a Galo González una carta, en la cual decía que no podía creer lo que afirmaba la prensa por aquellos días.

-Son todas calumnias – afirmaba. Además - decía - ¿de dónde ha salido este Krushev que ataca al camarada Stalin? Me tinca que es un trotskista emboscado.

El denuncia del culto a la personalidad y de otros errores de Stalin era necesario y saludable para la sociedad soviética y el movimiento comunista. Con todo, creo que la historia no dejará a Stalin precisamente en el suelo.

En Abril de 1956 se reunió el Congreso del Partido Comunista. Se realizó ilegalmente en Cartagena. Por las condiciones imperantes, se restringió al máximo el número de delegados. Pero este Congreso tiene una gran importancia en la vida del Partido. Aprobó su programa, que la práctica demostró que era justo en sus líneas generales, trazó la perspectiva de la conquista del poder por una vía no armada y condujo al Partido a una nueva etapa de desarrollo.

Cuando todos los delegados estaban en Cartagena acompañé en el viaje a Galo González, pero en Maipú el auto que nos llevaba fue chocado. Llegamos con bastante atraso, lo que tenía muy inquietos a los compañeros.

El Comité Central elegido en Cartagena me designó como miembro de la Comisión Política y del Secretariado, organismos en los cuales de hecho ya venía actuando.

A proposición mía, el Congreso de Cartagena acordó considerar en adelante el dos de enero como fecha de la fundación del Partido, es decir el día en que el Partido Obrero Socialista, en el Congreso celebrado en Rancagua, resolvió tomar el nombre de comunista y adherir a la Internacional creada por Lenin. Hasta entonces, se estimaba que el P. C. había nacido el cuatro de junio de 1912, cuando Recabarren fundó en Iquique el Partido Obrero Socialista. Sostuve la tesis de que los Partidos Comunistas eran productos de la evolución social y política de sus propios pueblos y,

al mismo tiempo, frutos de la Revolución de Octubre. Afirmé, además, que de mantener la antigua fecha de fundación del Partido significaba considerarlo como uno de los tres o cuatro primeros partidos comunistas que habían aparecido en el mundo, lo cual, para decir lo menos, constituía una falta de modestia. Algunos compañeros, como Orlando Millas, discreparon de mi opinión, pero esta triunfó ampliamente.

Ahora no estoy seguro si estuve en lo cierto y, por tanto, si aquel acuerdo fue correcto. Incuestionablemente bajo la influencia del triunfo de la Revolución de Octubre, surgieron los partidos comunistas en numerosos países. Pero lo que triunfó con ella fueron las ideas revolucionarias de Lenin en contra de las concepciones reformistas. Y sucede que el Partido Obrero Socialista ya había hecho suyos los principios de la dictadura del proletariado y del internacionalismo proletario, que son de la esencia del leninismo. El Partido Obrero Socialista estuvo contra la guerra imperialista del 14 y apoyó resueltamente la Revolución Socialista de 1917. Además Recabarren y sus compañeros se declaraban comunistas y hablaban en favor del comunismo antes que el Partido Obrero Socialista cambiara de nombre. Tal vez se requiera un estudio más profundo del problema para modificar o confirmar el acuerdo del Congreso de Cartagena.

Ibáñez había llegado por segunda vez a la presidencia de la República prometiendo, entre otras cosas, derogar la Ley de Defensa de la Democracia, que el pueblo llamó Ley Maldita. Transcurrido dos tercios de su período, aún no la derogaba a pesar de que los partidos que constituían la gran mayoría del país se pronunciaban por ello. La vida había demostrado que el Partido Comunista era indestructible. No pocos esfuerzos se habían hecho para erradicarlo de las masas obreras y populares. De los minerales del cobre, salitre, carbón, fierro y cemento, de las industrias fabriles, del transporte marítimo y ferroviario se había expulsado a millares de trabajadores, militantes o simpatizantes del comunismo. Pero éste resurgía de nuevo en esos mismos lugares. Se le aventaba otra vez y otra vez aparecía. Era imposible acabar con él como no se puede acabar con el agua que emana de una vertiente. Por el contrario, el Partido crecía y ganaba su legalidad de hecho. Convencidos que las promesas de Ibáñez y las declaraciones políticas no tendrían valor práctico si nos cruzábamos de brazos en espera de que se hiciesen efectivas, aumentamos las actividades públicas del Partido, al mismo tiempo que sus contactos y acciones comunes con las diversas fuerzas democráticas.

Cuando falleció Galo González, sus funerales dieron lugar a una imponente movilización de masas. Bajo su dirección, luego de la muerte de Fonseca, el Partido pasó con éxito las pruebas de la dictadura y se presentó ante el país como una fuerza de nuevo ascenso. Me correspondió despedir los restos mortales del compañero Alberto, que era el nombre de Galo en la vida clandestina. En mi discurso proclamé que el Partido había ya conquistado su legalidad de hecho y que ahora lo haría de derecho.

El Comité Central del Partido me eligió su Secretario General. Galo González, en su lecho de muerte, le había alcanzado a decir a José González que, en su opinión yo debería sucederle. Julieta Campusano fue la primera en expresar su acuerdo.

-Corvalán - dijo - es un revolucionario formado por el Partido, y se

explayó en otras consideraciones y palabras elogiosas que no puedo recordarlas.

N O T A: Las páginas precedentes han sido redactadas de memoria. Relatan a grandes rasgos un período de mi vida. Concientemente no he hecho análisis político, ni historia del Partido y del movimiento obrero y popular de Chile. Abría sido pretencioso hacerlo en torno a quien, como yo, no es más que uno de los tantos comunistas chilenos. De otro lado, he dejado el relato sólo hasta mi designación en el cargo de Secretario General del Partido porque sería vanidoso pintar el siguiente período de mi vida haciendo centro en las vivencias personales, como se hace en estas páginas. Sin embargo, si me es posible, escribiré otras vivencias, aunque no con orden cronológico.

L.C.

**Nota de la BCN:**

**El texto original contiene correcciones del Autor que fueron incorporadas (págs.21, 87, 99 y 104),.como asimismo, se corrigieron los errores tipográficos.**

Este documento ha sido tomado de  
"Reseña Biográfica de Luis Corvalán Lepe"  
en la página de la  
Biblioteca del Congreso Nacional de Chile

[https://www.bcn.cl/historiapolitica/resenas\\_parlamentarias/wiki/Luis\\_Corvalán\\_Lepe](https://www.bcn.cl/historiapolitica/resenas_parlamentarias/wiki/Luis_Corvalán_Lepe)

Se publica en marxists.org según la licencia bajo la cual fue publicado digitalmente por el BCN:



### **Atribución 3.0 Chile (CC BY 3.0 CL)**

#### **Usted es libre para:**

- Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato
- Adaptar — remezclar, transformar y crear a partir del material
- Para cualquier propósito, incluso comercialmente

#### **Bajo los siguientes términos:**

- Atribución — Usted debe darle crédito a esta obra de manera adecuada, proporcionando un enlace a la licencia, e. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo del licenciente.
- No hay restricciones adicionales — Usted no puede aplicar términos legales ni medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros hacer cualquier uso permitido por la licencia.

El licenciente no puede revocar estas libertades en tanto usted siga los términos de la licencia

Esta es una reseña de la Licencia. Para acceder al texto completo acuda a: <https://creativecommons.org/licenses/by/3.0/cl/legalcode>